

## Reseñas de Libros / Book Reviews

**Andrés Cabello, Sergio; Capellán de Miguel, Gonzalo; Fandiño Pérez, Roberto y Orduña Prada, Mónica, *La transición a la democracia en La Rioja. Logroño, Gobierno de La Rioja, 2001, 291 pp.***

Por José Miguel Delgado Idarreta  
(Universidad de La Rioja)

El presente libro se incardinó dentro de las actividades del Programa 'La Rioja 20XXI' que organizó la Consejería de Desarrollo Autonómico y Administraciones Públicas del Gobierno de La Rioja con motivo de celebrar el veinte aniversario de la constitución de La Rioja como Comunidad Autónoma. En este sentido el libro quiso inscribirse dentro de la Historia del Tiempo Presente tratando de abordar la construcción autonómica desde los hechos de una pequeña región tomando como punto de partida la muerte del 'Caudillo' a la vez que haciendo un recorrido por las claves de la reforma política, la recuperación de los partidos políticos, la ¿aparición? de una identidad, los actores políticos y la calle y la evolución educativa, que nos lleva cronológicamente desde los años finales de los sesenta hasta el inicio de la década de los noventa.

Para ello se unieron dos perspectivas la de la historia y la de la sociología. Orduña Prada, Fandiño Pérez y Capellán de Miguel nos aproximarían a la perspectiva histórica desde los postulados de la reforma político legislativa, los actores políticos y las condiciones estructurales de la transición llamando la atención sobre el consenso y el olvido, la memoria y la amnesia, hasta la evolución educativa que partiendo de la Ley General de Educación de 1970 nos transporta a la LOGSE en 1990 mostrando la evolución de la red educativa y la precariedad del sistema pedagógico que precisó su propia transición. La perspectiva sociológica la representó Sergio Andrés Cabello al abordar la construcción o, quizás mejor, la identidad de lo

riojano a través de lo que serían sus propios signos de identificación.

Dicho lo anterior no debe olvidarse que la transición, como la misma expresión significa es pasar de un estado a otro, es decir, trasladarnos en este caso de una dictadura a una democracia, de tal manera que la sociedad española aborde un proceso de cambio tanto de carácter político como económico y social y no sólo desde arriba, sin dirigentes que incluso procedían del antiguo régimen las dificultades hubieran podido ser mayores, sino también desde abajo y estos aspectos se pueden seguir a lo largo del presente libro de una manera evidente.

Pero además no se olvida el papel de partidos clandestinos en la dictadura como el partido comunista o el partido socialista obrero español, que trascienden en y sobre el cambio llegando a lo que se ha venido a denominar 'consenso' en relación con lo que pudiéramos denominar partidos monárquicos e incluso resaltar el juego de los sindicatos. En todo este entramado se puede seguir la realidad cotidiana de una pequeña región que en el trayecto de la transición se convertirá de provincia de Logroño en provincia de La Rioja y después, y al fin, en Comunidad Autónoma de La Rioja. Lo regional puede servir de modelo para el análisis de lo general y creo que en este sentido el libro tiene todas las respuestas.

Tampoco debemos olvidar que el terreno político no fue el único en que se jugó el cambio, así que también se aborda lo económico, pues no podemos obviar que la transición se realizó en plena crisis del petróleo, hasta el punto que algunos economistas han puesto de manifiesto que la transición empezaría en los últimos momentos del franquismo tras la crisis petrolífera de 1973 y que el viejo régimen no supo ni quiso solucionar, porque España era diferente y porque en los momentos finales de la vida del dictador nada podía ir mal oficialmente.

Y aquí entraría el papel que se le hizo jugar al futuro rey Juan Carlos I, que debió asumir por dos veces un mandato que lo dejaba casi inhábil para el futuro democrático, pero del que supo reponerse y responder a la hora del cambio. La frase de ‘el Breve’ que se le aplicó por aquellas fechas mostraría esa realidad, aunque tras el discurso de la Corona en la toma de posesión en aquellos últimos días de noviembre de 1975 empezaría a granjearle por todas las fuerzas políticas y sociales un plus de aceptación que ha sabido transmitir con el tiempo a la propia monarquía. La Constitución de 1978 sería ese culmen en el que se vertebrará el nuevo estado constitucional y democrático que estipulará la creación de las Comunidades Autónomas.

Aquí se debe retomar el presente libro porque es en este espacio temporal, pero también en el geográfico donde adquiere toda su dimensión. Es verdad, como puso de manifiesto el profesor Javier Tusell, que no debe caerse en lo local para explicar tan arduo proceso, pero también es cierto que la construcción autonómica no se puede entender sin la pequeña historia, las de cada región o si se quiere la de cada Comunidad Autónoma que es lo que llegarán a ser.

Esta amplia introducción nos permite acercarnos a cada una de las propuestas. Así la doctora Orduña Prada bajo el título “Reforma política legislativa” nos presenta como se avanzó desde el centralismo y unitarismo franquista a la Ley para la Reforma Política que condujo Adolfo Suárez, pasando por las denominadas reformas democráticas del gobierno Arias para mostrar como fracasó el inmovilismo tras la muerte de Franco. Ello le permite sentar las bases de su segunda propuesta como es el caso del referéndum para la mencionada Ley de Reforma Política, base del nuevo sistema político español, la convocatoria de elecciones generales para elegir unas Cortes Constituyentes y tras la aprobación por el pueblo español de la Constitución de 1978, abordar la Ley de elecciones locales que facilitarían la construcción de los Ayuntamientos democráticos. No podía, evidentemente, soslayar la creación del sistema de partidos, ni descender a La Rioja para analizar desde el punto de vista regional la influencia de todo el mecanismo anterior y sus repercusiones en lo que sería poco después y al amparo de la Constitución de 1978 una nueva Comunidad Autónoma.

El sociólogo Sergio Andrés trató de configurar lo que el mismo tituló “La definición de la identidad riojana”. Está claro que se unía perfectamente con el final de la propuesta anterior, sólo que desde la perspectiva sociológica se analizaban los primeros pasos hacia la construcción identitaria, cuales eran esos símbolos que la iban a identificar y cómo trascendió todo ello en la configuración de la Comunidad Autónoma de La Rioja.

En todo este entramado no podía faltar el abordar los entresijos de lo que el historiador Roberto G. Fandiño Pérez titulaba “La importancia de la tripulación en el largo periplo hacia la democracia, 1968-1976”. Ello le llevaba a enfocar su propuesta desde los actores políticos y analizar esa doble vía del consenso o el olvido, lo que le facilitaba introducirse por los vericuetos de la memoria, la amnesia y lo que el mismo denomina “el memoricidio”. No podía obviar en su propuesta, en ese símil que realiza con la gobernación de un barco su aproximación a la realidad de esa “tripulación”, es decir, la actuación de la calle, o dicho en otras palabras el miedo al cambio, pero también a lo que dejaba el franquismo, a lo que supuso de freno el denominado espíritu de febrero o los debates sobre la democracia futura o cómo debía de venir tras la muerte del dictador. Así en su conclusión lo que se explicitaba era el papel de la ciudadanía en este largo, pero a la vez corto período de tiempo que abarca su propuesta, pero que nos lleva desde los años finales del franquismo a la Reforma política.

Por último, el profesor Gonzalo Capellán no propone conocer como se llevó a cabo lo que denomina “La transición educativa (1970-1990)”, lo que permite adentrarnos ya a todo el conglomerado democrático partiendo de la Ley General de Educación de 1970 hasta la conocida como LOGSE en 1990, abarcando el gasto público, los niveles de enseñanza, el profesorado, el alumnado, sus repercusiones en la Universidad. Todo ello sin olvidar los aspectos doctrinales y técnicos de la misma.

En fin, un libro en su conjunto, cómo ya se ha señalado, que venía a cubrir un espacio, no sólo por las cuestiones generales, sino porque permitía conocer en profundidad, pero sin olvidar el marco general, del desarrollo de nuestra Comunidad Autónoma de La Rioja y sus imbricaciones en la España del último tercio del siglo XX en su conjunto.

**Beneyto, José María; Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo (dirs.), *Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años.* Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, 356 pp.**

Por David Molina Rabadán  
(Universidad de Cádiz)

La complejidad que están adquiriendo las relaciones internacionales en los últimos años es notoria. La *Information Revolution* y la emergencia de nuevos actores en la escena mundial, de base tanto subnacional como transnacional, están revolucionando las prácticas, discursos y actores de un sistema mundial cada vez más densificado y dinámico tanto en alcance como en objetivos. Ante esta situación, se han privilegiado los análisis de corte presentista y casi periodísticos que obvian la profundidad y el rigor a cambio de una visión superficial, inconsistente pero aparentemente completa y sobre todo, disponible de la realidad. Nuestro país no es la excepción a lo que hay que sumar un tradicional desinterés por los asuntos internacionales que poco a poco se está desvaneciendo a medida que progresa la integración española en los circuitos económicos, políticos y culturales del planeta. La bibliografía sobre las relaciones internacionales está creciendo exponencialmente en los estantes de las librerías tanto especializadas como comerciales y la presencia en los medios de comunicación de profesionales de las ciencias humanas también ha aumentado considerablemente, abriéndose mayor número de vías para su consolidación.

En este contexto, la existencia de investigaciones que permitan al mismo tiempo ilustrar un problema presente, de indudable resonancia mediática, y exponer claves de la evolución a largo plazo de la sociedad internacional, se echa muy en falta. Parece que se ha renunciado a la realización de trabajos de proyección tanto temporal como metodológica ambiciosa y que quieran responder a las preocupaciones de la sociedad civil con la sistematización de las raíces de los conflictos, fenómenos y protagonistas que rigen la marcha de los acontecimientos mundiales. La fragmentación de los estudios y la disminución de las ambiciones académicas han contribuido a que se ofrezca un panorama lleno de obras que responden a un interés y esfuerzo puntuales pero no a un proyecto serio, continuado y prometedor.

La relación atlántica ha sido uno de los diálogos e intercambios más fructíferos a lo largo de la historia. El estrecho vínculo entre dos de los polos de poder más importantes que jamás han existido, Estados Unidos y Europa, ha sido el catalizador para la resolución de enfrentamientos de indudable magnitud histórica como la I y II Guerra Mundial y la Guerra Fría. En buena parte, se podría decir que la historia del mundo en estos últimos doscientos años ha sido el relato de las vicisitudes en la forja de esa alianza en ocasiones, competencia las más de las veces, entre una y otra orilla del Atlántico. Su influencia no sólo se ha extendido al mundo de la alta política y la geoestrategia sino también al de la economía, la ciencia y la investigación o la cultura y las artes. La búsqueda de una excepcionalidad americana que posibilitara reivindicar una identidad propia y su derecho a crear un nuevo mundo sin reconocer deudas pasadas de ningún tipo, se ha estrellado con el muro de la realidad geopolítica y los numerosos lazos tanto productivos como humanos que conforman la nervadura del horizonte del desarrollo contemporáneo.

¿Conflicto o cooperación? Así podría definirse el dilema que ha de afrontar todo aquel que quiera definir la naturaleza de la relación atlántica. Si bien la mayoría de las intervenciones bélicas (y las más importantes) estadounidenses han sido contra enemigos europeos, el imaginario colectivo de los habitantes del Viejo Continente como de Estados Unidos tiende a presentar una asociación benigna entre ambos espacios, en la que Washington ha ido cobrando mayor fuerza y un papel paternalista a medida que las energías y recursos de los europeos se iban agotando. Hasta llegar al siglo XX, el siglo americano por excelencia en el que por tres veces la hiperpotencia estadounidense ha ido en socorro de una Europa en peligro de ser tiranizado por enemigos que en más de una ocasión, han sido caracterizados como no occidentales (por ejemplo, la Unión Soviética).

El resurgir del proyecto europeísta y las propias contradicciones que en materia de política interior y exterior afronta el gigante estadounidense, convierte este momento en un buen punto para analizar por dónde se ha ido en el pasado y qué se quiere obtener en el futuro. Las fricciones surgidas en la última Guerra del Golfo entre Washington y Bruselas, aireadas públicamente por los medios internacionales, no son sin embargo más que otro párrafo más en la

lista de desencuentros que se llevan arrastrando desde hace años.

Los directores de esta obra han comprendido la oportunidad y utilidad de un libro como éste y para ello reunieron a un numeroso y prestigioso equipo de especialistas españoles en política exterior cuya naturaleza multidisciplinar y su contacto frecuente con medios ajenos al estrictamente académico le dotan de una visión amplia, original y concedora de los “puntos calientes” de la relación atlántica. La pluralidad de áreas de conocimiento implicadas en el libro ha permitido que exista un diálogo rico e intenso entre cada uno de los apartados del trabajo.

La división en capítulos de la obra es convencional y responde a los principales hitos en la historia de las relaciones internacionales de los últimos ciento veinticinco años. Una historia eminentemente política con dos secciones dedicadas a cuestiones económicas e institucionales. La elección de este paradigma organizativo rebaja el potencial e interés del libro al dejar a un lado dimensiones como las ideológicas, culturales, sociales... que contribuyeron tanto o más que las geoestratégicas a la unión entre Europa y los Estados Unidos de América.

Se defiende en líneas generales una visión positiva de la relación atlántica para los protagonistas de la misma y en especial para Europa. Gracias al potencial militar y diplomático estadounidense, se ha logrado la seguridad y prosperidad material de los pueblos del Viejo Continente. Washington ha sido el principal impulsor del europeísmo como medio de frenar amenazas presentes (la URSS) o futuras (un renacimiento de los fascismos).

Sin embargo, sería deseable una exposición más equilibrada y comedida. Los estrategias estadounidenses desde Spykman (y sin incluyéramos en el mismo bloque a los ingleses, por mor de la alianza centenaria entre las antiguas metrópoli y colonia, desde Mackinder), han considerado Europa como el auténtico centro de gravedad de la competencia por la hegemonía planetaria. Los indicadores con los que politológicamente hablando se mide el poder (población, fuerzas armadas, economía, capacidad de I+D, etc.) se concentran abrumadoramente en Europa y en la extensión asiática continental.

En un libro olvidado por la crítica mundial frente a las tesis de un Samuel P. Huntington pero no por ello menos interesante, *El gran tablero mundial* de Z. Brzezinski, el antiguo consejero de Seguridad Nacional recuerda una y otra vez que el gran imperativo de la estrategia estadounidense es evitar que se consolide un bloque de poder indiscutible en Eurasia que pueda llegar a discutirle a Washington el liderazgo mundial. En términos parecidos se pronuncia H. Kissinger en su clásico *Diplomacia*.

Por tanto, el presentar la imagen de unos europeos desvalidos que van a recibir la ayuda desinteresada y continua de los estadounidenses oculta una cara del marco de las relaciones de USA hacia Europa y viceversa. El conceder espacio al conflicto, a las maniobras competitivas y la mutua desconfianza y recelos lógicos que entre dos contendientes al poder se originarían, sería una gran ayuda para perfilar mejor el conjunto de los vínculos atlánticos. De la misma forma que las sombras avivan por contraste con la luz los colores y bordes de una figura, el contraponer dialécticamente Europa con Estados Unidos (no sólo a un nivel geoestratégico sino también abarcable a otras esferas como el económico, el social, el jurídico-institucional) podría ser un ejercicio interesante y útil de análisis transversal (aunque se reconocer como una labor hartamente complicada por la variedad de experiencias y proyectos que se ocultan tras la dudosa unidad que concede la palabra Europa).

La acertada elección de un enfoque general centrado en el problema: ¿cómo han sido y son las relaciones entre Europa y Estados Unidos?, podría haberse reforzado con una organización interna que privilegiase el análisis a largo plazo de aspectos tales como los *drivers* que han posibilitado la creación de vínculos de unión y los combinase con otros más específicos y circunscritos como estudios de los principales protagonistas de esta historia y sus momentos axiales.

Un trabajo de ágil narración, lleno de referencias útiles y de una erudición que muestra la capacidad de trabajo y conocimiento de la materia de los autores. Los lectores que vayan buscando declaraciones polémicas y tesis audaces no encontrarán nada de eso en unas algo más de trescientas cincuenta páginas que aportan mucha información y síntesis didácticas (que no simplificadas) y sólidas (que no

incomprensibles). Cuando la tónica habitual es preparar manuales repletos de respuestas convencionales, el equipo responsable de esta obra se lanza a defender el debate, la honestidad intelectual y el rigor profesional. La presencia de obras como ésta ayudarán a clarificar en la mente del público cuáles son los principales interrogantes que todavía quedan por desvelar de la evolución futura de la sociedad internacional, quiénes los resolverán y de qué forma. Una invitación a pensar a partir de unas bases rigurosas.

**Bosworth, Richard J. B., *Mussolini's Italy. Life under the Fascist Dictatorship 1915-1945*. New York, Penguin, 2006, 692 pp.**

Por Jan Nelis  
(Universiteit Gent, Belgie)

After his extensive and acclaimed biography of the late *duce* of Italian Fascism Benito Mussolini, Australian historian Richard Bosworth has recently published what can be called his *magnum opus*: *Mussolini's Italy*<sup>1</sup>. As the subtitle (*Life under the (Fascist)<sup>2</sup> Dictatorship, 1915-1945*) states, the author's scope has, since the publication of the Mussolini-biography, drastically been adapted and enlarged: Bosworth proposes an aerial view of fascist society, of the life of Italians, great and small, under what he calls the 'dictatorship': this denomination has to be taken with a grain of salt, as the book tells not only of the life of Italians under Fascism in its dictatorial form, but also of the early and pre-fascist period. Bosworth leads the reader through a telling tale of nearly four decades of Italian life and culture. He does this in an incisive and highly documented study, poured into a smooth, attractive, highly readable prose. The scope of the book can be summarized as follows - 'fighting' used both in a literal and in a figurative sense-: "Who were those who fought or saw themselves as fighting for the *patria* and who were blind to its charm?" (p. 67) Indeed, prof. Bosworth underlines the enormous importance of the First World War in the genesis of Fascism, a phenomenon which he does not intend to treat from above, but from below, illustrating rather than extensively analyzing fascist *mentalité* throughout numerous case studies.

Initially, the author leads the way through Italian society at the beginning of the twentieth century, illustrating how the old, liberal Italy gradually

disintegrated as the beginning of World War I approached, leaving the country in total disarray. On the one hand stressing the 'typically Italian', regional character of Italian society and its inherent conservatism, on the other illustrating how the call for 'something new', for a new belief and a new form of society led to various phenomena (Communism and Socialism, the downfall of Liberalism and the coming of Nationalism, the cry for charismatic leadership,...), Bosworth's study at first sight seems somewhat disorderly, but as he continues, it becomes clear that the rise and development of Italian Fascism should be treated in this way: Fascism was not all steel logic, nor did it imply a total rupture with the past. Rather, it was the consequence, be it not the inevitable outcome, of the past. Fascist (and initially pre-fascist) society are depicted in much of its varieties and manifestations, and above all as a society governed by a volatile, pragmatic new fascist elite, with roots in World War I, but as much so in liberal Italy. Bosworth presents a good cross-cutting of fascist society, presenting not only the stories and importance of the most well-known and powerful leaders (cf. chapter *Becoming a Fascist*, pp. 121-149), but also those of local smaller bosses (cf. chapter *Learning to Rule in the Provinces*, pp. 150-183).

When talking of Fascism in power (from the seventh chapter on, p. 184), the author already touches upon the essence of his view on Fascism, as he asserts that "Italians would be just as active in manipulating Fascism as the Fascists were to be in controlling them" (p. 192): indeed Bosworth has the tendency to underline local aspects of daily life under Fascism, minimizing the authoritarian, presumably 'totalitarian' character of the new political situation. In so doing, he touches upon crucial questions, such as where and what Fascism really was, and this is one of the major accomplishments of this research: the book, which can be hardly be regarded as a 'total' history of Fascism, raises some important questions concerning the stereotypical 'unicity' of Fascism in Italy from the 1920's until the 1940's. Bosworth does not treat Fascism in a simplistic, analytical way, but rather opts for the descriptive approach, recalling the small, seemingly insignificant detail. In providing a patchwork of the stories of 'high' and 'low' culture, and of the way in which both were intertwined, the author provides the reader with a panoramic overlook of fascist society: each story, each anecdote, is part of what becomes

quite an interesting whole. All together, the chapters of *Mussolini's Italy* form quite a coherent and varied discourse on a society that maybe wasn't as 'totalitarian' as has sometimes been stated.

In the chapter on the dictatorship and on fascist 'totalitarianism' (chapter 8, pp. 215-248), the historian comes to the fore, as Bosworth provides a detailed description of how Fascism, from the second half of the 1920's on, spread its tentacles and invaded (or at least tried to invade) all areas of society, ranging from leisure, trade and banks to the more spiritual side of everyday life. Bosworth's conclusion is possibly a bit far-going, but he has a point when he states, at the end of the chapter, that "making 'totalitarian' a society as diverse as Italy's was to prove a Sisyphean labour" (p. 248, see also p. 276).

A very strong chapter is the tenth, entitled *Placing Italy in Europe* (pp. 277-306). Bosworth, the author of such studies as *Italy, the Least of the Great Powers* and *La politica estera italiana / 1860-1985*<sup>3</sup>, in this part analyzes Italian fascist foreign policy as the policy of the 'least of the great European powers', and observes something that might well be said of all of Fascism, and not only of its foreign policy and imperialist ambitions: namely the fact that there was a huge *distacco* between reality and propaganda, between words and acts. In other words, if one wants to take into account Fascism's actions, he has to realize that these last have to be freed from whatever rhetorical content surrounded them: for Bosworth, rhetoric seems to be an important characteristic of Fascism, but in his work he objects to the recent tendency to value too highly 'what the fascists said', a quite controversial approach, which nevertheless has proven fruitful, at least to a certain extent (Gregor, Gentile, De Felice,...).

All these observations lead Bosworth to state, halfway through his book, that "whatever else was happening to Italians under Fascist dictatorship, they had not surrendered their ability to be active in managing their own lives and in telling stories to themselves about their fate and character" (p. 333). Italian Fascism did not produce a society, rather it imposed itself onto a culture and society which cunningly adapted themselves where necessary, in a way which present-day Italians would describe as *furbo*.

After a twelfth chapter entitled *Dictating full-time* (pp. 339-366, in which Bosworth heavily focuses on Mussolini, cf. his own biography), the in our opinion best chapter in the book is the thirteenth, entitled *Becoming imperialists* (pp. 367-395). Here the author more and more shows himself as the historian of fascist foreign and imperial policy. He does not look away from fascist cruelties in Northern Africa and Ethiopia, nor does he hesitate to state that it was mainly bourgeois society that put an idealist imperialism to the fore, an aggressive and highly rhetorical discourse rooted in frustration and neglect of basic humanity. On the other hand, a continuity with liberal Italy and its imperialist aspirations is underlined. In this way, the reader gets a clear idea of the degeneration of Fascism as well as of Italian bourgeois society in the 1930's.

The following chapters analyze the further downfall of the fascist regime, as it slid into one international conflict after another. It seems that for Bosworth Fascism was a machine of propaganda: in order to keep the system going, fuel was needed, and this was found in more and more swollen rhetoric, leading to disastrous exploits, mostly in the form of (the threat of) foreign aggression. The last chapters, on the fascist intervention in World War II and the eventual downfall of the *duce* (and his temporary 'return' as puppet leader of the northern part of Italy) describe a story that is rather well-known: the story of an Italy totally unprepared for war, reluctant to adopt racist policies (although the latter seems to be no obstacle in the 'Republic of Salò'...),... Bosworth does not at all hesitate to touch upon still 'open' wounds such as fascist racist policy, and tries to explain these as belonging to a specific context, the context of a country that, having had the numbing experience of total chaos (WWI), was governed by a regime that in a way tried to perpetuate this chaos... from which it was born.

*Mussolini's Italy* is a very valuable, we dare say necessary, observation of fascist Italy, of a country and a people that up until today bear the consequences of their 'black' past (cf. Bosworth's 18<sup>th</sup> chapter, p. 531-560). R.J.B. Bosworth has produced a lively, illustrated, motivated study. The author offers, through a variety of detail and small stories which makes him in this aspect tributary to De Felice –the irony is that Bosworth pins De Felice down as 'revisionist'...- a very wide overlook on a not

yet fully known and even less digested past. He does not perpetrate an excessive objectiveness, but rather approaches the past with a well balanced combination of historical accurateness and of his own humanity. In so doing, R.J.B. Bosworth has created, near the end of his career, a fine legacy and has made a valuable contribution to a better understanding of Italian Fascism.

## NOTES

<sup>1</sup> Bosworth, Richard J.B., *Mussolini's Italy. Life under the Fascist Dictatorship 1915-1945*. New York, Penguin, 2006, 692 pp. As has been stated, Bosworth is also the author of a Mussolini-biography: *Mussolini*. London, Arnold, 2002.

<sup>2</sup> The front page of the book, as well as the back, mention *Life under the Fascist Dictatorship*, but the title page on the inside does only mention *Life under the Dictatorship*.

<sup>3</sup> See id., *Italy, the Least of the Great Powers: Italian foreign policy before the First World War*. London/New York/New Rochelle/Melbourne/Sydney, Cambridge University Press, 1979, ISBN 0 521 22366 0 and id.; Romano, S. (eds.), *La politica estera italiana / 1860-1985*. Bologna, il Mulino, 1991.

**Dávila A., Mireya; Fuentes S., Claudio (eds.), *Promesas de cambio. Izquierda y derecha en el Chile contemporáneo*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, FLACSO, 2003, 189 pp.**

Por David Oviedo Silva  
(Universidad de Concepción, Chile)

¿Cómo interactúan los componentes materiales y valóricos en la discusión política del Chile Actual? En una temática de plena vigencia y proyección futura, los autores aplican herramientas conceptuales avanzadas en ciencias políticas y sociología para reformular las significaciones nacionales de izquierda y derecha. Se concluye que mantiene sentido utilizar dichas categorías, no obstante la complejización de sus propuestas y entrecruzamientos.

La reciente, vertiginosa y compulsiva modernización transnacional del modelo de desarrollo chileno imposibilita la comprensión de su sociedad política al margen de procesos ideológico- económicos internacionales.

El punto de partida es una premisa sociológica: la intención del voto que demuestran los procesos electorarios post 1990 reflejan que

las distinciones de clase se tornan inoperantes para sustentar la tradicional observación de la derecha como baluarte de la clase alta y la izquierda como reducto de los sectores populares.

El ámbito del centro político no está considerado como objeto preferente de estudio. Es una decisión metodológica empíricamente fundada considerando el debilitamiento actual de un Partido Demócrata Cristiano sumido en la ambigüedad ideológica. La estabilización del sistema político chileno y la ausencia de posibilidades perturbadoras (despinochetización de la sociedad; obsolescencia de una izquierda subversiva) permiten una polarización inofensiva de las preferencias ideológicas en la primacía simultánea de izquierda y derecha.

Tal como ocurre en las democracias consolidadas de Occidente se tiende a la conformación de bloques ideológicos que se presentan ante el electorado y el adversario como incompatibles, pero que en términos objetivos reflejan una nítida moderación del debate si se compara con las confrontaciones doctrinarias en el marco de la Guerra Fría. Sin embargo, los autores logran evidenciar los aspectos distintivos de izquierda y derecha en política, economía y agenda valórica. El caso chileno demuestra la creciente importancia del debate sobre opciones valóricas, no obstante aún perduran diferenciaciones político- económicas, en un país de discutible consolidación democrática y de evidentes vacíos sociales en su modelo de desarrollo.

La necesidad de precisar la influencia internacional en el fenómeno ideológico estudiado se aprecia en el artículo de Evguenia Fediakova sobre el pensamiento de derecha en el mundo contemporáneo. La autora sustenta su análisis en las transformaciones ideológicas implícitas al desenlace de un "corto" siglo XX tras la caída de los socialismos reales.

En las democracias occidentales, el escenario post 1990 supondría el posible desplazamiento de los apelativos progresista y conservador en las coordenadas de izquierda y derecha. Fediakova cita a Giddens: "El conservadurismo hecho radical se enfrenta al socialismo hecho conservador". Es el caso de la radicalidad de ciertos planteamientos neoliberales en su voluntad de inserción competitiva en el proceso globalizador. Se trata de una postura tecnoproductiva que puede asociarse con las

convicciones de progreso histórico inherentes al iluminismo.

Fediakova rastrea los orígenes del pensamiento conservador anglosajón, definido como el de mayor influencia en el perfilamiento derechista de la sociedad contemporánea. Distingue con claridad sus variantes europea y estadounidense. En el primer caso identifica una reacción aristocrática frente al ascenso burgués. Burke y De Maistre desconfían del legado político, social y económico de los procesos revolucionario-ilustrados que se agitan desde fines del siglo XVIII. Se trata de una expresión del pensamiento conservador que recela de la mercantilización liberal, pues diluye los vínculos sociales y amenaza las jerarquías. En cambio, Estados Unidos origina un pensamiento conservador asociado al orden burgués, promoviendo la libertad económica y estableciendo un régimen político que persigue la estabilización conciliando control social con ampliación de derechos cívicos.

El desarrollo histórico contemporáneo de Estados Unidos desafía al pensamiento de derecha. Mientras se despliega con éxito el reformismo liberal del New Deal, se asiste al desarrollo intelectual del neoconservadurismo a partir de los siguientes principios: desconfianza respecto a la masificación democratizadora, crítica a la burocratización, riesgo de totalitarismo estatal aún bajo formas liberales de planificación, valorización de los cuerpos intermedios de la sociedad como resistencia al poder estatal.

La oportunidad histórica que supone el estancamiento económico de comienzos de los 70 es aprovechada hábilmente por el naciente neoliberalismo anglosajón: complementa la crítica moralizante conservadora con una fuerte inclinación a visiones de futuro mediante agresivas propuestas de competitividad en medio de la globalización.

Fediakova sugiere que las transformaciones productivas de la economía internacional originan necesidades de flexibilización operativa que son mejor ejecutadas por la *expertise* neoliberal. Tal es la premisa de Friedman: el entorno socioeconómico define mayores niveles información estratégica; el Estado aparece como inoperante para gestionarla, luego, el protagonismo de la generación de riqueza corresponde a los privados.

El alto nivel de autoritarismo en ciertos marcos políticos de experimentación (Rusia post comunista, Chile dictatorial) revela la radicalidad del proyecto neoliberal: permite la suspensión o limitación de la democracia si las reformas mercantiles así lo exigen, subordinando el sistema político al económico. En términos de administración del poder, funciona al modo de un “marxismo de derecha”.

En el trabajo que sigue, Cristian Pérez se pregunta si ha existido socialdemocracia en el Chile Contemporáneo. Desglosa el perfil ideológico de las sucesivas Internacionales de Trabajadores en el siglo XX hasta culminar caracterizando los elementos centrales de la socialdemocracia europea. Resalta la novedad estratégica representada por la II Internacional; por influencia de Kautsky y Bernstein se promueve la transformación de las estructuras sociales desde la lucha parlamentaria, prevaleciendo la propuesta evolutiva por sobre la acción revolucionaria. El posterior impacto de la revolución rusa implica la bolchevización del diseño político: no es necesario esperar a que maduren las condiciones socio-políticas que posibilitan la revolución.

En Chile, el Partido Obrero Socialista constituye el origen del Partido Comunista. Actúa de modo coherente con las indicaciones de la Segunda Internacional; utiliza la plataforma parlamentaria para encauzar el conflicto de clases. La orientación revolucionaria de la III Internacional motiva la transformación del Partido Obrero Socialista en Partido Comunista de Chile, a pesar de que se mantienen ciertas prácticas de extensión de alianzas sociales para optimizar la eficacia del movimiento. Sin embargo, desde 1926 prevalece una mayor subordinación a las instrucciones ordenadas por la III Internacional.

En 1933 se funda el Partido Socialista, de fuerte gravitación en el desarrollo político chileno durante el siglo XX. Se distingue de inmediato por su pretensión de autonomía respecto a las directrices de las Internacionales. Destaca su vocación latinoamericanista y revolucionaria a partir de la organización de los trabajadores. Los socialistas manifiestan cierto pragmatismo teórico al desacralizar el marxismo: se trata de un método para la interpretación de la realidad.

A lo largo del siglo XX e incluso hasta comienzos de los 90 se observa la persistencia de dos almas en el socialismo chileno: la



vertiente revolucionaria y la estrategia reformista. Las diversas coyunturas históricas explican el puntual predominio de una u otra dimensión del socialismo chileno.

En 1993, el ingreso del Partido Socialista a la II Internacional (Social Demócrata) coincide con la imposibilidad del proyecto revolucionario tras la negociación entre el régimen militar y la centro izquierda organizada. Es cierto que aparece el desarrollo teórico de una izquierda renovada donde se diagnostica la necesidad de extender alianzas hacia el centro político mediante una revalorización de la democracia liberal. Sin embargo, la razón determinante para la renovación socialista consiste en la reorganización del poder que establece la transición chilena. Es un pragmatismo autónomo inherente al PS de Chile.

La caída de los socialismos reales también desempeña un rol decisivo en el giro socialdemócrata, pero parece estar mediado por la caracterización histórico-nacional que el autor realiza del PS chileno. Han existido atisbos y prácticas socialdemócratas en la Historia Contemporánea de Chile (por ejemplo, el Partido Radical), pero el núcleo de la izquierda nacional se ha mostrado resistente a dicha alternativa. El peso de lo fáctico ha forzado la orientación socialdemócrata que parte de la izquierda chilena manifiesta en el Chile Actual.

Por su parte, Mireya Dávila caracteriza los contenidos programáticos que en la actualidad adoptan izquierda y derecha. En primer término, enuncia los rasgos centrales de la cultura política nacional contemporánea. Las investigaciones demuestran la profundidad de la despolitización social, no obstante, las diferenciaciones entre izquierda y derecha preservan alguna utilidad identitaria.

La sociología política ha logrado precisar los ejes de distinción: un primer factor es de carácter socioeconómico, donde la derecha es asociada con el desarrollo y la izquierda con la igualdad. Un segundo eje es de connotación política: la derecha se vincula con el orden y la izquierda con la profundización de la democracia y las libertades.

En la derecha son investigados sus principales partidos: Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional. El primero se caracteriza por su acendrado apoliticismo, opción por una Democracia restrictiva, tecnocratización del

debate en políticas públicas, conservadurismo moral, fuerte acento en la prioridad del Mercado como instrumento de desarrollo económico. Renovación Nacional demuestra un menor recelo hacia la actividad política, y una adhesión matizada a las restricciones democráticas, el neoliberalismo económico y el conservadurismo moral.

En lo concerniente a la izquierda, el énfasis recae en los partidos más influyentes: Partido Socialista y Partido Por la Democracia. El primero revela una aceptación problemática respecto a la economía de mercado, enfatizando el rol redistributivo del Estado y el protagonismo que debe mantener a través de empresas estratégicas y de la preservación de cierto control económico nacional en un contexto de ascendente internacionalización. En su propuesta política combate el tecnocratismo privilegiando la ampliación de los derechos ciudadanos mediante la democratización de la toma de decisiones (vía plebiscitos).

Interesante es la pluralidad de influencias que el PS reconoce en su ideario crítico: marxismo humanismo laico, así como "...principios éticos de la tradición cristiana y la vocación transformadora del cristianismo popular". Por su parte, el Partido Por la Democracia admite ser tributario del socialismo democrático, el humanismo y el liberalismo político. Comparte el énfasis distributivo del PS, aunque su incomodidad con el capitalismo neoliberal es menos notoria que en el caso del PS. Agrega el factor igualdad de oportunidades como mecanismo central para la superación de la pobreza. Profundiza el discurso de potenciamiento ciudadano; identifica la configuración de una izquierda liberal.

Respecto a la agenda valórica, Merike H. Blofield explica en su artículo las características de la singularidad chilena en comparación con la tónica occidental, donde las posiciones progresistas de izquierda protagonizan la discusión y hegemonizan las preferencias. El ejemplo chileno muestra una izquierda reactiva que tiende a evitar la confrontación sobre contenidos valóricos. Cabe agregar cómo la propuesta de gobierno de la recién electa Michelle Bachelet prioriza la agenda social por sobre la valórica, no obstante su liderazgo proviene de una cosmovisión agnóstica y focalizada en la ciudadanía. No es posible comprender la discusión valórica en Chile sin detenerse en el ascendente de la

Iglesia Católica sobre la sociedad y en su rol histórico durante la dictadura militar. La premisa es que la Iglesia exige pagar la deuda que contrae el país por la defensa eclesial de los derechos humanos. La moneda de retribución es de corte valórico, preservando un sistema legal sobre aborto, divorcio y anticoncepción inconsistente con la dinámica sociológica del Chile Actual.

En los énfasis católicos contemporáneos, la ética sexual y familiar supera en importancia a la ética social, particularmente a partir del pontificado de Juan Pablo II. Junto a la modernización económica, el país experimenta una intensa transnacionalización cultural con la recuperación de la democracia. Los patrones de conducta sobre divorcio, aborto y anticoncepción se aproximan a las pautas occidentales de secularización y permisividad. A juicio del autor, el statu quo valórico del sistema legal puede considerarse un triunfo de la ofensiva mediática e intelectual de la derecha. La izquierda ha sido incapaz de posicionarse en términos proactivos, a pesar del apoyo ciudadano que tendrían iniciativas liberalizadoras. Sin embargo, es discutible afirmar la popularidad de medidas despenalizadoras del aborto en Chile. Respecto al divorcio, en el año 2004 se logra una promulgar una legislación que exige una serie de causalidades para formalizar las separaciones. Hasta dicho momento Chile era, junto a Malta y Andorra, el único país del mundo donde el divorcio era ilegal.

Desde comienzos de los 90 y de modo creciente en el tiempo, la derecha aprovecha su influencia en los medios de comunicación para dominar las controversias valóricas. Por ejemplo, desde la Unión Demócrata Independiente se intentó aumentar la penalización del aborto. No lograron la meta legislativa, pero sus argumentos resultaron eficazmente arraigados en el imaginario colectivo. Asimismo, las problemáticas morales podrían afectar la sustentabilidad de las conexiones de poder. La Democracia Cristiana preserva su alianza con el socialismo democrático en tanto los ejes de entendimiento son socioeconómicos y no valóricos. Si se priorizan esos problemas, emergerían las contradicciones ideológicas de la Concertación (coalición gobernante), particularmente de la Democracia Cristiana.

La mediación de los conflictos valóricos en Chile ha pasado por el rol desempeñado por un

catolicismo liberal que trasciende a las fuerzas políticas, aunque con exponentes emblemáticos en el Partido Demócrata Cristiano. De este modo, se ha contrapesado (aunque no del todo) la estrategia interventora del integrismo católico. La interpretación que plantea el libro sobre política valórica sugiere las siguientes interrogantes:

¿Acaso el catolicismo integrista no puede concebirse en términos de búsqueda utópica, como pretensión por trascender una realidad dominante (Manheim)? Independiente del juicio que nos merezcan, los movimientos utópicos son susceptibles de ser tratados como dato sociocultural que adquieren significado para quienes se involucran en causas de transformación.

Aventurándonos a un ejercicio prospectivo, ¿qué consecuencias tendría un eventual progreso socioeconómico (considerando sus niveles y plazos) en la prioridad que la sociedad chilena asignaría a la agenda valórica de discusión? ¿Se asistiría a la secular indiferencia que caracteriza a una parte del Occidente desarrollado o bien se radicalizaría la confrontación por el debilitamiento de otros motivos de compromiso y propósito?

Por el momento, las dificultades chilenas para una plena democratización sistémico-social conducen a una “traducción” política de las confrontaciones valóricas. Esto permite complementar los planteamientos que describen luchas identitarias en medio del informacionalismo (Castells) o que caracterizan problemáticas tensiones entre pluralismo y sentido en la sociedad contemporánea (Berger).

**Delgado Idarreta, José Miguel; Andrés Cabello, Sergio, *Actas del V Simposio de Historia Actual: La Rioja, España, Europa. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, 449 pp.***

Por Alfonso Pinilla García  
(Universidad de Extremadura)

José Miguel Delgado Idarreta y Sergio Andrés Cabello han coordinado las Actas del Simposio sobre Historia Actual “La Rioja, España, Europa”, celebrado en Logroño durante el mes de noviembre del 2004. Se trata de un denso, pero interesante volumen, con una serie de

ponencias que nos van desgranando algunas de las claves que impregnan este inicio del siglo XXI. La obra gira en torno a cuatro grandes ejes: uno, la conformación de la Unión Europea con sus nuevas incorporaciones y las contradicciones que ello genera; dos, las relaciones internacionales de Europa con el resto del mundo, especialmente con el continente americano así como con los países ribereños del Mediterráneo; tres, el debate sobre identidades colectivas que fomentan los particularismos en un mundo cada vez más globalizado; y cuatro, las implicaciones que todo ello tiene para la Historia como disciplina científica, enfrentada a los nuevos retos epistemológicos que le plantea la Historia del Tiempo Presente.

Un nutrido grupo de ponencias y comunicaciones se dedica a desgranar las contradicciones que la aplicación de “La Ley del Número” arroja sobre Europa. En biología, la Ley del Número dice que el crecimiento de un organismo debe ir acompañado de una consiguiente reorganización, capaz de absorber las nuevas partes que han surgido o se han ido incorporando. Si el crecimiento no se viera acompañado de auto-organización, el organismo tendería al colapso.

Cuando aplicamos la Ley del Número a la actual situación de Europa se abre ante nosotros el primero de los puntos arriba considerados: *la conformación de la Unión Europea con sus nuevas incorporaciones y las contradicciones que ello genera*. Las incorporaciones de los antiguos países comunistas a la Unión conlleva un crecimiento considerable de ésta, lo que puede proporcionar más capital material y humano para el desenvolvimiento de sus capacidades, y a la vez plantear nuevos desajustes. Este crecimiento exige una nueva organización política, legal, institucional y económica de Europa. Sobre este interesante tema reflexiona el trabajo de Ricardo Martín de la Guardia sobre la ampliación al Este de la Unión. La tensión entre crecimiento y reorganización que ya nos plantea la “Ley del Número” queda reflejado en el propio título de esta ponencia: “Viejas Historias, Nuevas Regiones”. A la solución de estas dos tensiones enfrentadas dedicará su ponencia el profesor Martín de la Guardia.

Dos modelos de Europa han surgido para hacer frente a estos desajustes. Ambos han ofrecido respuestas distintas al mismo desafío planteado por la Ley del Número: reconciliar los ritmos del

crecimiento con las dinámicas de auto-organización. La Europa de los fuertes sería una de esas respuestas, donde Francia y Alemania capitanearían un continente que intentaría hacer sombra, superar, o al menos contrapesar, a la gigante maquinaria norteamericana. Al eje franco-alemán, incontestable en este modelo, quedarían sometidos Gran Bretaña, los países medianos de la Unión (como España, Italia, Portugal), y el antiguo bloque del Este. Sería una Europa fuerte frente a la ingerencia norteamericana pero muy desigual, dado el predominio de Francia y Alemania sobre el resto de países. Ninguno de estos “secundones” podría matizar, y mitigar, las decisiones tomadas por Berlín y París.

La segunda respuesta, planteada en el viejo continente para enfrentarse al reto de la Ley del Número, es la “Europa de los medianos”. Ante al eje franco-alemán se constituiría un bloque formado por los países medianos y pequeños capitaneados por Gran Bretaña. Tendríamos así una Europa más equilibrada que impediría arbitrariedades de los dos gigantes, y sin embargo, el excesivo peso británico abriría las puertas del continente a la influencia / ingerencia norteamericana.

Entre estos dos modelos camina la actual Europa. El proyecto de Constitución europea, naufragado en la propia Francia y actualmente “en coma”, ha intentado fundirlos en un híbrido de impredecibles consecuencias, ambigua definición y dudosa eficacia. Aunque Europa no pueda sobrevivir sin la mirada al Atlántico, tampoco debe favorecer la penetración de un imperio norteamericano que ya viene caminando a sus anchas por el viejo continente desde el Plan Marshall. Pero si mantener ese inestable equilibrio es difícil, no lo es menos el pretender que Francia y Alemania pierdan influencia a favor de las medianas y pequeñas potencias. Lo ideal es una Europa más equilibrada en su interior y más independiente de los Estados Unidos.

En pleno proceso de ampliación, los equilibrios estables son casi imposibles, y las relaciones con Estados Unidos giran en torno a una balanza inestable, incierta y hasta azarosa formada por dos polos: aquél donde se plantea la definición de una alternativa (económica, política, cultural, ideológica, militar) a Norteamérica, y aquél otro polo que pasa por el planteamiento de una simple competencia en todos estos aspectos. A este capítulo de las relaciones exteriores de

Europa (y también de España), dedican sus trabajos Julio Pérez Serrano, Jesús Fernández García o David Molina Rabadán. Queremos exponer a continuación algunas ideas que nos ha sugerido la lectura de estos trabajos.

El centro de nuestra reflexión radica en diferenciar los dos conceptos arriba utilizados de “alternativa” y “competencia”. Un país es alternativa de otro cuando su sistema económico, social y político tiene una naturaleza radicalmente distinta al de su oponente. Pero dos países suponen una competencia mutua cuando, compartiendo los mismos sistemas sociales, políticos o económicos, pugnan por un espacio común, o bien por ocupar el espacio de su adversario. El choque de dos alternativas genera enemigos, la confluencia de dos competencias genera adversarios. Veamos brevemente, siguiendo este modelo conceptual, cómo Europa y Estados Unidos vienen relacionándose desde el pasado, se comunican en el presente, y dialogarán en el futuro. Y vamos a hacerlo atendiendo a tres esferas: política, económica y militar.

Europa no puede suponer una alternativa económica a los Estados Unidos porque ambos comparten el sistema capitalista. La URSS y los norteamericanos eran, respectivamente, alternativas económicas porque los dos aplicaban sistemas materiales totalmente distintos. Pero Europa y Estados Unidos hablan un mismo lenguaje basado en el capital y el consumo de masas. Por otra parte, conviene recordar que Estados Unidos no puede ser muy diferente de Europa, ni a nivel material, ni a nivel cultural, ni a nivel social, ni tampoco a nivel político, porque procede de ella. Fue una antigua colonia británica, y a pesar de su independencia, los nuevos estados americanos heredaron de Europa un bagaje histórico inevitable que cimentaría la futura relación con el viejo continente.

Pero aunque no sea alternativa económica, Europa es – y debe ser – competencia frente a los Estados Unidos. La unión económica europea sí está triunfando – en contra de lo que está ocurriendo a nivel político – y el común lenguaje del Euro ya se habla en casi todo el continente. Todo ello ha creado un gran mercado que puede hacer sombra a la potencia norteamericana. Aún así, la gran asignatura pendiente de Europa sigue siendo la energía. Con los pozos del Mar del Norte en vías de agotamiento, la atención se centra en una Siberia

que aún no forma parte de la Unión y en un Oriente Medio que sólo puede controlarse a través de grandes contingentes militares que Europa no posee. Una competencia difícil, aunque posible, en un contexto donde la alternativa al capitalismo ya fracasó con la caída del Muro.

Lo ocurrido en la esfera material se reproduce a nivel político. Europa puede ser competencia, pero desde luego no supone una alternativa a la democracia de masas norteamericana. Dado que el origen norteamericano es europeo, y más concretamente británico, no debería sorprendernos que la antigua colonia heredara de su metrópolis la tradición liberal democrática. Sin embargo, el contrapeso político europeo a la diplomacia norteamericana se ha revelado en acontecimientos puntuales como la segunda Guerra de Irak. La oposición de Francia y Alemania a la política de Bush compitió políticamente con un imperio ávido de petróleo en Oriente Medio. Pero una vez que se pactó el reparto de la explotación petrolera, de nuevo Washington, París y Berlín caminaron juntas. La competencia política está estrechamente relacionada con la económica. Si los intereses materiales de Europa chocan con los norteamericanos, entonces aquélla se convierte en competencia política de éstos. Pero si ambos intereses económicos y geoestratégicos confluyen, la competencia política se convierte en alianza. Sólo hay diferencias en la forma, y nunca en el fondo de una organización política muy similar.

Y llegamos así al tercer y último nivel que aquí utilizamos para observar las relaciones de Europa con Norteamérica: la cuestión militar. El hecho de que Estados Unidos sea el único país del Planeta que posee divisiones aerotransportadas para trasladar a sus tropas, pone de manifiesto su superioridad en este aspecto. Ningún otro país del mundo posee unas Fuerzas Armadas tan potentes y sofisticadas. Frente a Estados Unidos, Europa no es alternativa militar y ni siquiera competencia, por eso su papel político – y hasta económico – es claramente subsidiario del gigante norteamericano.

Mientras de cara al exterior Europa intenta convertirse en alternativa a Washington, el interior sigue plagado de contradicciones. A la vez que Europa camina hacia un Estado Transnacional, muchos de sus Estados Nación aún están redefiniéndose. Tal es el caso de

España, cuyo conflicto identitario se traslada a la estructura política y produce debates que van de la autonomía a la independencia, pasando por un indefinido y ambiguo federalismo. Algunos trabajos, como los de Antonio Morales Moya, David Sánchez Cornejo o Miguel Zapater Cornejo, entre otros, se han centrado en estos debates identitarios que están encubriendo intereses político – económicos. La conclusión personal a la que llego después de repasar estos escritos es el irreversible anacronismo que afecta a todos los movimientos nacionalistas.

La traslación de un sentimiento – el apego al terruño donde nacimos – al ordenamiento legal, con el ánimo de forjar a partir de ahí nuevos Estados Naciones, resulta propio del superado siglo XIX pero no del XXI. Mientras el mundo se plantea la gestión de la Globalización a través de Estados Transnacionales, algunos Estados Nación siguen presos de un pasado cuya revisión sólo arroja tensión e ineficacia. Para responder a los retos globales de la masiva inmigración, la pobreza o el terrorismo internacional, hacen falta respuestas globales que trasciendan el propio terruño. Si no superamos el nacionalismo a través de la transnacionalidad volveremos a perder el tren de la Historia que tantas veces se nos ha escapado.

Europa y su construcción transnacional; Europa y el resto del mundo; Europa y sus particularidades identitarias han sido los tres interesantes ejes que articulan esta obra. El desarrollo de estos tres caminos nos ha puesto sobre la mesa una galería de contradicciones sin las cuales no entenderíamos el pasado, el presente y el futuro de nuestro continente. Pero envolviendo a estas categorías temáticas, hay una última cuestión tratada en este libro que resulta especialmente interesante para los historiadores. Se trata del debate epistemológico sobre una nueva disciplina en construcción: la Historia del Tiempo Presente.

Debates terminológicos y cronológicos a parte – excelentemente expuestos por los trabajos de Walter L. Bernecker y Alicia Alted Vigil – la Historia del Tiempo Presente es un libro de arena que, como el de Borges, se levanta sobre una reflexión crucial: la percepción del tiempo histórico. Abierto a la creatividad, construido con el trabajo transdisciplinar y maleable en función de las distintas percepciones que sobre él confluyen, este inmenso libro de arena expone un amplio campo para la reflexión y renovación de nuestra disciplina.

La Cronología es una de las primeras páginas de este libro de arena, por eso sus límites son laxos, borrosos e inciertos. ¿Cuándo empieza y termina el presente? ¿Qué diferencia hay entre lo presente y lo contemporáneo? ¿Y entre el presente y la actualidad? La respuesta a estos interrogantes no debe obsesionarnos, porque su solución tan sólo sería útil para acotar los límites cronológicos de una nueva disciplina a efectos docentes y administrativos. Los “contemporaneístas” sólo podrían estudiar la historia hasta 1945, si así se decidiera después de sesudas discusiones entre los historiadores. A partir de esa fecha, el territorio quedaría expedito para los “presentistas”. Pero nosotros creemos que éste no debería ser el debate. El tiempo no puede compartimentarse y la historia tampoco. Aunque a efectos administrativos o docentes sea necesario, todos los historiadores reconocemos que la Historia es un continuum indivisible que, aún pasando por diferentes etapas, supone una mezcla de cambios y permanencias demasiado compacta como para separarla radicalmente.

No importa tanto definir parcelas de tiempo cuanto, sobre todo, establecer teorías y metodologías capaces de explicar cómo se percibe ese tiempo. La Historia del Tiempo Presente es un estudio sobre las percepciones de los procesos históricos que llegan hasta hoy, hunden sus raíces en el ayer y proyectan sus consecuencias hacia el mañana. Necesitamos teorías y metodologías que estudien el gran laboratorio de la percepción del tiempo histórico: cómo se cuentan los acontecimientos, qué estrategias se siguen para transmitirlos, crearlos y recrearlos, qué consecuencias tiene ello en nuestra percepción del proceso histórico o, de otra manera, cómo afectan todas estas operaciones a nuestra Memoria colectiva. Nuevos objetos de estudio se le plantean al Historiador, generando interrogantes cuya respuesta pasa por la innovación conceptual de nuestras herramientas teóricas y metodológicas. Este reto de creatividad conceptual debería sustentar la Historia del Tiempo Presente, y no las discusiones bizantinas basadas en cuándo empiezan y terminan las épocas, los procesos o las etapas.

Y para responder a este “reto de creatividad conceptual” proponemos la transdisciplinariedad. A través de ella queremos dialogar con otras disciplinas ajenas a nuestros objetos de estudio como la biología, la física, la química o la termodinámica. En otras ocasiones, esta

exploración se hará por territorios más cercanos como la sociología, la politología o la antropología. Pero sea cual sea el sendero elegido, todos estos contactos habrán de basarse, para ser realmente “trans-disciplinares”, en dos premisas: una, la adaptación – cuando sea posible y evitando el mero trasvase – de algunas teorías y métodos procedentes de otros saberes a la Historia; y dos, cualquier diálogo entre disciplinas debe utilizar como lenguaje común, para favorecer el mutuo entendimiento, el Paradigma de la Complejidad. Transdisciplinariedad es, según esta propuesta, adaptación teórica y metodológica sobre el sustrato común de la complejidad.

Ese Paradigma de la Complejidad, ya definido por Edgar Morin a lo largo de toda su obra, servirá para tener en cuenta conceptos tan interesantes como la irreversibilidad de los procesos históricos, su carácter impredecible, la gestión del azar y la incertidumbre como objetos de reflexión epistemológica, la interdependencia de las partes para definir al todo y las coacciones – o interacciones – de esas partes para inclinar los procesos hacia uno u otro resultado. Se abre así un amplio abanico de senderos, continuamente bifurcados, cuya exploración construirá esta Historia del Tiempo Presente. La adaptación de algunos conceptos procedentes de la Teoría del Caos, la Teoría de Juegos, la Teoría de las Catástrofes o la Teoría de Sistemas supone un reto lo suficientemente atractivo como para afrontarlo sin más demora. Pero algo debe quedar claro: para el Historiador del Tiempo Presente no hay caminos ya trazados, porque su camino se hace al andar. He aquí la delicada urdimbre de nuestro libro de arena. Sus páginas sólo pueden escribirse con la arriesgada tinta de la novedad.

**Evans, Richard J., *La llegada del Tercer Reich*. Barcelona, Península, 2005, 672 pp.**

Por Alejandro Piñero González  
(Universidad de Cádiz)

El británico Richard Evans nos plantea en esta obra la primera entrega de una ambiciosa trilogía centrada en la evolución de Alemania hasta 1945. En este caso nos ocupamos del periodo que sigue desde los orígenes del estado alemán hasta la creación del tercer Reich. En una segunda parte, que aparecerá en breve en Inglaterra, recorrerá el periodo entre 1933 y 1939, y el último volumen focalizará su atención en la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una

obra no poco controvertida dado su objeto de estudio, se ha escrito bastante y queda por escribir mucho más, y aun así resulta muy complejo llegar a un acuerdo sobre las causas directas que conducen a Alemania a la barbarie nazi. La empresa de Evans es un difícil intento de conciliar en un solo discurso todas las causas perceptibles desde la historiografía que van configurando en el mundo germánico el fenómeno nacional socialista. El prestigio de este historiador en perfecta complicidad con un impecable estilo revisionista confluye en una obra de enorme calidad.

Evans plantea en su obra que el conglomerado causal que conduce a Alemania hasta el nazismo arranca precisamente en la creación del estado alemán que es el punto de partida de su estudio. Resulta brillante el tratamiento que en este punto Evans hace de tres factores esencialmente, y que se configuran como piedra angular de su propuesta.

En primer lugar: la simbología; el estupor que despierta la unificación alemana va acompañada de todo un despliegue simbólico emergente que va a liderar de manera magistral la forma de pensar del pueblo alemán. Este hecho resulta especialmente curioso cuando se compara con el ascenso de Hitler al poder, que según Evans, supone una magistral gestión de la simbología en todos los aspectos, mucho más allá de la mera apariencia. El símbolo se presenta como portador de un valor, de un concepto, se habla de fraternidad entre hermanos arios, del famoso “espíritu de 1914”, en definitiva de toda una obra de ingeniería ideológica que Evans es capaz de atribuir a Paul Joseph Goebbels y al que dedica no pocas páginas de su obra.

Un segundo aspecto destacable de estos primeros momentos se encuentra precisamente en el carisma del líder alemán. Y es que en apenas sesenta años el pueblo alemán ve surgir de sus masas dos líderes de carisma sobresaliente. Evans atribuye muchas de las causas del ascenso del nacional socialismo al poder, precisamente al liderazgo impregnado por sus líderes carismáticos. Se habla para finales del XIX de la obra de Bismarck que conduce a Alemania a tres guerras de las que saldrán victoriosas. El canciller de hierro planeará un modelo de estado eminentemente conservador pero con la capacidad de encantar a las masas con el espíritu de su liderazgo. La figura de Bismarck dejará una estela tras de sí que sabrá

continuar magistralmente Hitler. Pero el contexto de la republica de Weimar le pone las cosas mucho más fáciles al futuro Führer. Este austriaco resentido recoge la ideología de Schönerer y su caudillismo exacerbado, que según Evans es el precedente inmediato de toda la idiosincrasia que rodea al concepto de führer, la mágica retórica del autor hace que percibamos de forma muy simple la secuencia de sucesos que van a empujar a Hitler a su posición culmen. Sus mítines, su carisma y su incipiente influencia le conducen a refundar el partido nacionalsocialista y a su particular escalada al poder.

El tercer aspecto más destacable dentro de las raíces del nacionalsocialismo está, como no podía ser menos, en el antisemitismo. Curiosamente este fenómeno no estaba mucho más extendido en Alemania que en el resto de Europa. Sin embargo a partir de los primeros indicios de integración plena de la comunidad judía en la sociedad alemana (matrimonios mixtos, integración social, fin de los barrios judíos, integración laboral, etc.) será cuando el pueblo alemán conduzca su frustración hacia la minoría judía. Se desencadena toda una desvirtuación de la cultura alemana al son del antisemitismo más acérrimo, que va desde el escritor anglo-alemán Chamberlain (con tesis cercanas al darwinismo social) hasta el francés Gobineau (y su tratado sobre la desigualdad social). Evans, en los diferentes apartados que dedica a este tema, es capaz de desdibujar un perfil un tanto innovador del antisemitismo, lejos de los viejos tópicos y a través de testimonios de primera mano se nos presenta de forma bastante clara la evolución del pensamiento del pueblo alemán en el último tercio del siglo XIX, donde, según él, arranca esta tendencia de forma definitiva y trágica.

Una de las piedras angulares de la obra de Evans es precisamente el estudio detallado de la evolución de la Republica de Weimar. Según el autor esta va a ser el autentico foco de problemas de Alemania, al calor del cual será catapultado el partido nazi. Se plantea en el libro dos grandes características esenciales para este periodo que, a mi juicio, esclarecen y facilitan el tema central de la obra. De un lado la ilegitimidad de la republica. Que va a justificar lo inestable de la política alemana en el periodo de entreguerras. Tanto es así que Evans plantea a mi juicio un punto de vista bastante innovador cuando expone que Alemania sufre dos frentes en ese periodo que imposibilitan evolución

alguna, el de la vía parlamentaria (liderado por el PSD) y las calles, lideradas por un conglomerado de grupos paramilitares (camisas pardas, enfrentados a los combatientes comunistas). Y por otra parte la propia violencia que caracteriza tristemente el periodo. Esta violencia desdibuja la doble cara del partido nazi, la política y la paramilitar (la que conduce al putsch de la cervecería, entre otros). Evans es capaz de hacer ver al lector la secuencia lógica y casi inevitable de sucesos que van colocando a Hitler y su partido en el liderato de las masas hambrientas de finales de los años veinte y a llevar a Alemania a configurar un estado nazi. Aunque el autor centra mucho sus razonamientos en los problemas de la republica de Weimar y en anclar las raíces del estado nazi en el último tercio del siglo XIX, lo cierto es que se deja bien claro que fueron necesarios una devastadora sucesión de acontecimientos para que los nazis se hicieran con el poder. Y estos tristes acontecimientos comienzan como no podría ser menos en el año 1917 La gran guerra y todas sus desastrosas consecuencias son tratadas de forma innovadora en esta obra, conocer el odio de buena parte de la sociedad alemana es un importante trabajo que Evans conduce de forma genial en sus líneas, haciendo que el lector se imbuya en el triste contexto del periodo de entreguerras de una forma escalofriante.

Evans pretende en esta obra construir un discurso que aúne y secuencie de forma aplastantemente evidente el crisol de causas que conducen a la configuración del estado nacional socialista. Esta máxima dirige la morfología de la obra, y todo se entiende mejor desde esta premisa. Además encuadrar esta obra en un proyecto de mayor calado (la trilogía de la que hablábamos al inicio) nos ayudará a integrar mejor sus contenidos. Evans posee un amplio repertorio estilístico que va a caracterizar el devenir del libro no obstante a mi juicio son dos los más destacables. De un lado un recurso muy usado por el autor va a ser el análisis de personajes de forma detallada, así desde un joven de la generación de la posguerra, hasta un profesor de la era Bismarck, pasando por un ministro del Reichstag, siempre que acudir a un personaje real ayude a ilustrar el capítulo que se estudia, Evans acude con magistral prosa a una exhaustiva descripción del mismo. Con esto se intenta definir con una mayor claridad la personalidad de cada momento, pretende tomarle el pulso al pueblo alemán a través de un testimonio que por insignificante que sea tiene

siempre fundamento histórico. Evans además opta por un amplio repertorio bibliográfico que documenta cada paso que da en su secuencia explicativa. Tal lujo de detalles que en ocasiones resulta enojoso y hace tediosa la corroboración de todas las alusiones históricas, no obstante supone un trabajo loable que dota del rigor y la seriedad que se merecen tanto el autor como la obra en toda su dimensión. Se nos plantea un relato de terribles dimensiones, a veces triste, a veces escalofriante. Y siempre con las miras a que los caminos que siguió Alemania podrían haber sido muy diferentes. Este trabajo no ahonda en la leyenda negra germana sino que constituye un referente al que acudir para conocer como una desastrosa sucesión de acontecimientos pueden conducir a una barbarie de tan amplio calado. Sin lugar a dudas esta obra se convierte en un proyecto capital en conjunción con las restantes partes de la trilogía, y a mi juicio fundamental para profundizar en el conocimiento de este periodo.

**Friedman, Thomas L., *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*. Madrid, Martínez Roca, 2006, 496 pp.**

Por David Molina Rabadán  
(Universidad de Cádiz)

Desde la caída del Muro de Berlín, la búsqueda de la “gran cuestión” (término acuñado por el autor del libro que se va a reseñar) que definiera la pauta de las transformaciones del sistema internacional, ha dado origen a múltiples discusiones en el ámbito académico. Sin embargo, sobre el trasfondo de cada una de las tesis defendidas indefectiblemente proyecta su sombra una palabra: “globalización”.

No nos vamos a encontrar con una obra que reflexione sobre el significado, la etimología, la carga epistemológica y otras cuestiones del concepto “globalización”. En sus casi quinientas páginas constantemente se habla de hechos y consecuencias, no de ideas y causas. Un estilo y un fin pragmáticos, característicos del oficio periodístico y la mentalidad estadounidense, dominan el libro de principio a fin. El lector debe prepararse por tanto a un relato dinámico y lleno de cambios de escena que le llevarán por distintos puntos del planeta: China, India, Estados Unidos o México a conocer a capitanes de la nueva economía, dirigentes políticos, asesores gubernamentales y todos aquellos que en el escenario o entre bambalinas representan la gran obra de la mundialización.

La calidad de un proyecto tan ambicioso como delicado estaría en principio asegurada por la larga experiencia de Thomas Friedman en asuntos internacionales y su interés en desvelar las claves del mundo actual. Ganador de tres premios Pulitzer, este columnista del *New York Times* (cuya fama e influencia hace que algunos ya le comparen con la de Walter Lippmann) ha estado trabajando intensamente en desenterrar las raíces del presente, siendo fruto de este esfuerzo su libro *The Lexus and The Olive Tree: Understanding Globalization* (2000), donde exponía las tensiones generadas por el mundo de la posguerra fría.

Su visión general se puede resumir en que hemos asistido a tres ediciones de la globalización: la Globalización 1.0, con motivo del descubrimiento de América, un proceso en el que los protagonistas fueron “los países y los músculos”; la Globalización 2.0, que empieza alrededor de 1800 y se prolonga hasta finales del siglo XX, tiene en las empresas y en concreto en la multinacional, sus agentes de desarrollo, y en los avances tecnológicos de los soportes físicos, la clave de arco de todo el conjunto.

Finalmente, en la Globalización 3.0 se asiste al encumbramiento del individuo como elemento esencial del sistema al verse incrementado su poder para colaborar y participar activamente en el diseño del nuevo entramado de la arquitectura económica mundial. A lo largo de estas tres versiones, la extensión del mundo se reduce y su complejidad, crece. El empequeñecimiento del planeta causado por la revolución en las telecomunicaciones, la extensión del capitalismo y la difusión de valores, prácticas e imaginarios supone el nacimiento de una economía auténticamente globalizada. La progresiva incorporación de nuevos países (unido a la de regiones y ciudades-estado que recuerdan a los principados italianos medievales) al campo de batalla de la geoeconomía mundial implica una densificación en el análisis y gestión de la toma de decisiones.

La consecuencia más visible del último avatar mundializador ha sido la nivelación del terreno de juego. Es decir, que la concurrencia de actores provenientes de espacios periféricos en el núcleo productivo mundial tiene como efecto que se abandonen las estructuras jerárquicas verticales por otras de colaboración de diseño horizontal. Las TIC propician un esquema de pensamiento y de acción circular, interactivo y en tiempo real que no combina bien con el



hieratismo y conservadurismo de modelos anteriores, propios de la civilización industrial. La India y China han logrado entrar en el siglo XXI con un dinamismo y fuerza sorprendentes. El paso al capitalismo fue una medida imprescindible pero esto no debe hacernos olvidar, según el autor, la importancia de la cultura meritocrática propia o instaurada en ambos países y las ingentes inversiones en materia educativa realizadas en las últimas décadas.

Haciéndose eco de las teorías de David Landes, Friedman afirma que la “cultura cuenta”. Mentalidad abierta, espíritu de sacrificio, capacidad de trabajo incansable... son las auténticas bazas ganadoras en el juego de la globalización, mucho más que las reservas de capitales o los recursos energéticos. El “país plano” es el triunfador del siglo XXI: un Estado sin riquezas naturales y cuyas energías han de volcarse en el desarrollo del talento y la formación de sus ciudadanos (como por ejemplo ha hecho Taiwán). La dependencia de los activos materiales en la era digital puede ser un lastre que impida el desarrollo económico y junto a éste, la estabilidad política y la modernización social. El comercio y el progreso tecnológico hacen posible en teoría que la tarta de los beneficios se amplíe para que llegue a todos aquellos que cumplan con la condición de ser una mano de obra cualificada y en constante reciclaje. La “desconexión” se reserva para aquellos que no participen en la “revolución de las capacidades” que las nuevas tecnologías y la universalización de la educación están posibilitando.

Sin embargo, posicionamientos cercanos cuando no abiertamente proclamados como tales, al determinismo tecnológico recorren toda la obra y nos muestran una y otra vez cómo las fuerzas desatadas por la revolución científico-tecnológica han dado lugar a la Globalización 3.0 gracias a su intervención en los “diez aplanadores” que han hecho posible que el mundo sea plano: la caída del Muro de Berlín, cotización de Netscape en la Bolsa, aplicación informática para el flujo de trabajo, acceso libre a los códigos fuente, subcontratación, deslocalización, cadena de suministros, *insourcing*, acceso libre a la información... y en los “esteroides” que refuerzan la potencia de los cambios: las aplicaciones VoIP (transmisión de voz por los protocolos de Internet), los avances en videoconferencias y la tecnología inalámbrica.

El liberalismo internacionalista se conjuga con opiniones del más acendrado nacionalismo. Se reconoce la pérdida de identidad o mejor dicho, el “síndrome de Proteo” de muchas de las grandes multinacionales del pasado (por ejemplo, Rolls-Royce), indicio de la mundialización de los asuntos económicos. Sin embargo, el autor insiste en cómo Estados Unidos debe prepararse de la mejor forma posible (más licenciados en ciencias, más ambiciosos y con más recursos para investigación) a la hora de entrar en batalla por la hegemonía económica planetaria, reconociendo la ascendencia de raigambre realista de su análisis: el mundo es eterno conflicto entre los distintos actores de la escena internacional (que son básicamente los Estados).

Es un libro escrito por un profesional de la información y no por un investigador de las ciencias sociales. Se recurre constantemente a frases lapidarias, fragmentos de entrevistas con ejecutivos y directores de grandes compañías y anécdotas personales que ilustran de manera efectista los postulados del autor. Esto puede ser útil para convencer a un público poco avisado y novel en esta clase de materias pero no es prueba de un trabajo serio y riguroso. Aparte de sus fallas metodológicas, es precisamente la falta de una lectura histórica la que explica la mayor parte de las limitaciones de esta obra. Así, cuando se defiende la “teoría Dell de prevención de conflictos” (una reformulación de la vieja teoría de que el libre comercio, al aumentar la interdependencia económica de los Estados, evitaría la guerra. En este caso, es la participación en una cadena de suministros el nexo común y pacificados entre los poderes gubernamentales), se olvidan los resultados del test histórico de la I Guerra Mundial o en un plano más intelectual, la pugna entre un Bernardi y un Angell.

Se ignoran demasiadas facetas del mundo de la globalización y el debate con otros autores que permita enriquecer el marco conceptual del libro. La obsesión digital del autor, al hacer girar la economía del planeta entero alrededor de las corrientes de bytes y las tecnópolis, supone una flagrante omisión de cuestiones de vital importancia como la lucha por los recursos naturales, la degradación medioambiental, la extensión de enfermedades como la tuberculosis y el VIH por África, América, Asia y Europa Oriental, o la superpoblación.

Friedman muestra una imagen del siglo XXI tan limpia, persil y ordenada como las salas de montaje de chips. En suma, una caricatura. Bangalore o Dalian son parte de la India y China pero no India y China. Una explicación convincente sobre cualquier hecho o fenómeno requiere del examen pormenorizado y sistemático de las fuerzas generadoras de la antítesis. En este caso, ¿qué y quiénes frenan y se oponen a la globalización? Las páginas dedicadas a este cometido son las más vacuas y superficiales del libro entero, llegándose a absurdas generalizaciones y comparaciones de dudoso mal gusto y escasa categoría intelectual, como cuando por ejemplo se refiere a los miembros de Al-Qaeda como “islamistas-leninistas”.

Más de medio millón de ejemplares vendidos sólo en los Estados Unidos, treinta y cinco semanas en la lista de *best-sellers* del New York Times y numerosos elogios y críticas favorables podrían en principio convencernos de que nos encontramos ante una obra interesante. Sin embargo, su interés radica en dos puntos. El primero es que tras su medio millar de páginas y demostrarnos que la Tierra es plana, un lector inteligente no le cabe otra salida que la de preguntarse: ¿cómo será entonces la otra cara? El segundo es ser un buen ejemplo y recordatorio de las siempre útiles y certeras sentencias de los clásicos: “Si todos me aplauden, ¿qué habré hecho entonces mal?”

**Gil Calvo, Enrique, *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*. Madrid, Alianza Editorial, 2004, 320 pp.**

Por Lucía Benítez Eyzaguirre  
(Universidad de Cádiz)

El sugerente título de Enrique Gil Calvo para este ensayo, aunque con un guiño a McLuhan, llama la atención sobre el papel que está jugando en la articulación de la opinión pública el miedo que llega a convertirse en el mensaje más insistente que se lanza desde los medios de comunicación, así como su impacto en las libertades civiles y en los imaginarios sociales. Su efecto multiplicado opera sobre todas las sociedades del planeta de modo que la prevención de nuevos riesgos dispara el alarmismo y el miedo; las consecuencias contradictorias que todo ello acarrea se analizan con profusión a lo largo de sus páginas.

Cuando la seguridad científica y el desarrollo tecnológico son más altos que en ningún otro momento de la historia de la humanidad, el concepto de miedo no para de ascender, disparado por la curiosidad colectiva ante los desastres que ya han ocurrido y ante los riesgos posibles. Pero mientras la sociología del riesgo de Ulrich Beck lo atribuye precisamente a ese proceso de desarrollo de la modernidad, Enrique Gil Calvo investiga en profundidad y afronta el reto de una de las grandes teorías explicativas de lo global sin abandonar el sentido común ni la lógica. Devuelve a la realidad las percepciones que fruto su estimulación permanente atrapan la lógica racional y la paralizan; de esta forma el autor enriquece el discurso público sobre el tema con una dimensión humana.

Gil Calvo crea una obra enormemente documentada que tiene el valor de las grandes teorías explicativas de lo social con un gran alcance global, tal y como se registran estos fenómenos, con la que desde una misma perspectiva se analiza los complejos comportamientos colectivos que se generan desde los medios de comunicación, que se instalan en la esfera pública con su fuerza de realidad dominando el imaginario social, la percepción y, ante la inestabilidad, las medidas excepcionales con las que se quiere atajar la sociedad del riesgo. De hecho se trata de un fenómeno que alcanza repercusión y se desenvuelve en su representación en los medios de comunicación que es, en la actualidad, el verdadero campo de la esfera pública, el ámbito de la batalla política. Los medios a menudo evitan retratar procesos sociales mientras muestran con profusión acontecimientos extraordinarios, singulares, precederos. La dinámica descrita incide directamente sobre la opinión pública y sobre el discurso público que se transforma, al igual que en los medios, de manera que anticipa el riesgo para cerrar la crisis con beneficios propios y el impacto social del alarmismo. El permanente recurso al espectáculo hace que se cuestione y socave la credibilidad de los medios, de las instituciones y de los representantes políticos.

El planteamiento de Enrique Gil Calvo abre una perspectiva a menudo olvidada por las ciencias sociales, el estudio de una emoción: el miedo. La importancia de esta dimensión se encuentra en la introducción de una lógica no racional en los comportamientos y en cómo los medios lo amplifican hasta convertirlo en alarmismo en su

búsqueda de las audiencias. La emoción funciona como un estímulo prioritario a la hora de medir la recepción de los mensajes y su continuo recurso dentro de la estrategia reiterativa con la que la televisión aborda los temas, se transforma en un mecanismo contagioso que amplifica sus consecuencias. Su impacto está en la capacidad reguladora de los comportamientos y su uso por parte de instituciones, de los medios y de los grupos de presión. La tradición racionalista ha apartado de su campo objetos de estudio como éste ---que recupera Gil Calvo--- y que, sin embargo, tiene un enorme peso sobre la construcción del capital intangible en el que cada vez más se mueve la economía. El hecho pasa a menudo desapercibido por su invisibilidad y por la costumbre de primar la observación de los comportamientos racionales a pesar de que en muchos casos son incompatibles con las emociones. El resultado es la *realidad emergente* que “produce tanta incertidumbre que pronto degenera en miedo compartido: miedo a lo invisible, miedo al futuro, miedo a lo desconocido. Este temor se produce siempre ante cualquier realidad emergente, aunque sea feliz y venturosa, y por eso la gente se echa a llorar cuando les dan buenas noticias inesperadas que les emocionan. Pero sobre todo el miedo se convierte en pánico --- instantáneamente propagado por todas las redes de interacción y los medios informativos--- cuando la realidad emergente resulta dañina, desgraciada, odiosa o injusta”.

De ahí que Gil Calvo se pregunte sobre si los riesgos emergentes tienen un fundamento real o surgen de la realimentación cotidiana en la que se construyen los mensajes mediáticos. Es decir, si son riesgos reales o alarmas mediáticas las que dominan los mensajes hegemónicos y el entendimiento social así como las fórmulas para gestionar su percepción y la comprensión del mundo actual. Estos mensajes alimentan una dinámica especulativa en la que se gestiona en muchos casos la información y que, al igual que la económica, genera una gran distorsión entre la percepción y la realidad, anticipa respuestas. Es decir, así se registran los movimientos pendulares que dominan los mercados y los comportamientos sociales en su realimentación que, en paralelo, se va distanciando de la realidad.

De hecho, en *El miedo es el mensaje* se analiza el fenómeno desde el avance de las ciencias y la tecnología ---que reducen de hecho los riesgos

reales--- mientras la presencia de este argumento se mantiene en el discurso periodístico. La inflación informativa se reproduce incesantemente a causa de la densidad de las interconexiones, fruto del aumento con progresión geométrica de los medios de comunicación, con continuas interacciones en la esfera de lo público y en la multiplicación de sus efectos. De esta forma, se perfilan los medios como mensajeros del miedo al recurrir de forma constante a su estímulo a través del espectáculo y de la visibilidad. Su potencial desestabilizador se basa en que permite aflorar lo oculto porque ante la creciente percepción de mayores riesgos reales y de las alarmas mediáticas son precisamente los riesgos ocultos los que ganan en su poder de convocatoria para las audiencias. El mecanismo opera sobre estos aspectos ocultos y hace que emerjan, sorprendan y creen mayor inestabilidad; la sorpresa desestabiliza y estimula. Es la estrategia en la que se ha apoyado el periodismo de investigación y de anticipación, al que responsabiliza en gran parte del continuo recurso al miedo en la elaboración de los mensajes. Porque, como dice Gil Calvo, “paradójicamente, el consiguiente desarrollo de las comunicaciones está incrementando no la transparencia sino la opacidad de la realidad social”.

Por tanto, concluye Enrique Gil Calvo, no hay un aumento de los riesgos ni de sus efectos que se constate en las estadísticas sino en la reiteración a través de los medios, en su presencia continua en las pantallas de televisión y, por tanto, en las viviendas de los ciudadanos de buena parte del planeta. Son estos ciudadanos los que constituyen la esencia de una opinión pública que reacciona en muchas ocasiones con desconcierto, generando fenómenos imprevisibles y cambiantes que igual estallan y se concentran en la respuesta a un único riesgo, que queda paralizada ante la insistencia de los mensajes.

Las dos grandes tendencias de la sociología abiertas en los últimos años y que recogen el impacto de las nuevas tecnologías en la percepción social: el campo teórico abierto por Wallerstein y que abonaría la creación de conceptos como globalización y de su desarrollo en los impactos sociales mundializados, y la otra, la sociología del riesgo de Ulrich Beck, antes mencionada, se dan cita en este texto para una revisión a través de la dimensión humana y el sentido común. Gil Calvo explica así los cambios que se han registrado en el mundo con

el aumento de los intercambios, interacciones e interdependencias. El interesante punto de actualidad lo gana a través del nexo que esta construcción teórica logra con la sociología de las redes, en la que se construye una visión alternativa del mundo, más plural y colectiva. De estos campos de interacción surge la realidad emergente que defiende Gil Calvo como un mecanismo de construcción de lo social con efectos geométricos. Su importancia reside en que modela la opinión pública y su tono pero que sobre todo en el potencial de las redes que lo amplifica y difunde. En el caso del miedo, ello lleva a que el exceso de anticipación con que se construyen los mensajes de anuncio del peligro genere un aumento del miedo. El combate contra el riesgo fomenta un aumento del miedo y por tanto funciona a modo de epidemia.

Además Enrique Gil Calvo se detiene en analizar los impactos que esta enunciación anticipada del riesgo ha operado en los distintos campos como son la opinión pública, en la que se detiene detalladamente, en el fomento de la lógica imperialista que ha liderado Estados Unidos, en el indiscutible y poco democrático ascenso del desarrollo de la ciencia y la tecnología que ha logrado un respaldo incuestionable. Son las principales cuestiones que se han desarrollado en las últimas décadas gracias al desarrollo y la extensión de la lógica globalizadora, y en todas ellas se detiene esta interesante y actual investigación para demostrar que estos temas crecen sin control mientras se reduce el ámbito de la libertad individual que ha quedado bajo la sospecha creciente.

**Goicovic Donoso, Igor. *Entre el dolor y la ira. La venganza de Antonio Ramón Ramón. Chile, 1914. Osorno, Editorial Universidad de los Lagos, 2005, 188 pp.***

Por Alejandra Brito Peña  
(Universidad de Concepción)

El libro que nos presenta el profesor Igor Goicovic es un fascinante recorrido microhistórico que nos permite una reflexión más amplia en torno a problemas de la sociedad contemporánea. El autor toma un hecho concreto: el atentado contra el General Roberto Silva Renard -quien dirigió las tropas que levantaron fuego en contra de los obreros salitreros en la Escuela Santa María de Iquique en 1907-, hecho realizado por un obrero español, quien así pretender vengar la muerte de su hermano. A partir del análisis del expediente

judicial construye un relato que le permite poner en discusión teórica, desde el ejercicio historiográfico, los problemas de la Memoria y la Justicia.

El libro está dividido en cuatro capítulos, más una introducción donde se va relatando la perspectiva teórica desde la cual el autor relatará los sucesos, pasando luego por el relato de los personajes y luego de los hechos para terminar con una reflexión en torno al tema de la violencia institucional y la respuesta desde los sujetos.

En la Introducción del libro titulada *Memoria, Justicia y Reparación*, el autor parte su reflexión retro trayéndonos a uno de los procesos más violentos de nuestra historia: el Golpe Militar de 1973. Desde ese marco nos invita a acercarnos al problema de la violencia social, que como él mismo plantea, no es un hecho solo atribuible a los sucesos de 1973, sino que forma parte de nuestro propio devenir histórico. El autor rebate las tesis de la historiografía tradicional que ha insistido en que estos hechos se instalan fuera de la tradición política nacional caracterizada por la “unidad nacional”; sin embargo, con ello “las instituciones públicas y particularmente los intelectuales que sistematizan su discurso, se abstraen de la violencia como un elemento fundante de las relaciones sociales de dominación impuestas por el régimen capitalista en América Latina ya desde los inicios de la conquista y colonización española” (pp. 17-18). Para el autor esta no es una cuestión ingenua, por el contrario forma parte de un mecanismo de dominación que usa la historia como una “pedagogía de la subordinación” que nos plantea el desafío de no volver a soñar, insistiendo en el “error histórico” que llevó a los sucesos de 1973, e incluso los hechos posteriores – la represión política durante la dictadura – se instalan también como una cuestión aislada fuera de nuestra armonía histórica. Frente a esto el autor dice “la práctica de la represión y de la tortura, no ha sido en absoluto ajena a la “tradición histórica de Chile”, por el contrario, ha sido un elemento fundante de la sociedad chilena” (p. 20).

La propuesta del autor es el rescate de los sujetos, tanto de los ofensores como de los ofendidos, incorporando en el análisis las variables subjetivas que operan en el devenir de los acontecimientos. Bajo este análisis se plantea las interrogantes en torno a cómo entender social e históricamente las luchas y sacrificios de los

sectores populares cuando parece ser que los partidos políticos de izquierda ven que “el sacrificio popular es tan sólo el precio a pagar en la lucha por la emancipación social” (p. 23) y se pregunta “¿Qué alternativa queda a los sectores populares más directamente afectados por el accionar represivo?” (p. 23), pregunta para la cual parece no haber una respuesta política coherente y estarían condenados, a sufrir los embates de la historia. ¿Debemos renunciar a la justicia?, su respuesta es que no, pero también es necesaria la justicia histórica. Aquella que se construye en espacios de discusión del mundo popular y también la justicia ciudadana que se manifiesta en organizaciones y lucha popular. Además es necesaria la justicia de los ofendidos personales y corporativamente, aquella “justicia de los cuerpos lacerados y las mentes horrorizadas. La justicia legítima que se ha de impartir en cualquier lugar y momento, sin consulta previa” (p. 25). A partir de estas reflexiones es que el autor nos propone un ejercicio microhistórico de un hecho particular que se transforma en una instancia de interpelación histórica a las formas específicas de la violencia institucional en nuestra historia.

En el capítulo primero del libro *Ofensa y Revancha* el autor nos sitúa en los hechos del 21 de diciembre de 1907 cuando al calor de las luchas sociales los obreros salitreros se instalan en el puerto de Iquique causando el temor de las autoridades y empresarios quienes le entregan la ciudad a los militares, al mando del General Roberto Silva Renard. Este ordena disparar en contra de la Escuela Santa María de Iquique donde los obreros se encontraban concentrados. En ese incidente funesto de nuestra historia, mueren más de 2500 personas, entre ellos un obrero español de nombre Manuel Vaca, sujeto anónimo, pero que cobra importancia 7 años después cuando su hermano Antonio Ramón Ramón, decide hacer justicia, reivindicando de alguna manera a esos cientos de trabajadores que en 1907 volvieron derrotados al trabajo y sin esperanzas de justicia. Este Antonio Ramón Ramón toma la justicia en sus manos y atenta contra la vida del General el 14 de diciembre de 1914. Pero ¿quién era este sujeto? Un anarquista para las autoridades y las elites, un justicador obrero para los diarios populares.

El capítulo segundo *Los Rostros de la Ira*, presenta a los protagonistas de esta historia. Primero se refiere “al Verdugo” relatando su ascendente carrera militar hasta llegar a los sucesos de 1907 y su cargo de Jefe de la Primera

División del Ejército con asiento en Tarapacá. Después de la masacre de Iquique recibe “en premio” la Segunda División del Ejército (1908) y en 1911 es nombrado General de División. En 1911 se transforma en el Director de la Fábrica de Materiales de Guerra del Ejército, retirándose en 1918 a consecuencias de las graves secuelas del atentado sufrido, muere en 1920 y es enterrado en Santiago con todos los honores.

El Vindicador: Antonio Ramón Ramón, nace en Molvizar, Granada, España en 1879. El autor nos hace un muy interesante recorrido del lugar de origen de este sujeto, a fin de comprender la migración que lo trae junto con su hermano a tierras americanas, describiéndolo de la siguiente manera “Se trataba de un escenario marcado a fuego por las precariedades materiales. Precariedades devenidas de una estructura agraria incapaz de resolver las necesidades laborales y de la vida de sus trabajadores. Situación que desencadenaba permanente procesos migratorios que constreñían regularmente el crecimiento de la población” (p. 60). De una manera casi novelesca el autor nos configura el perfil de nuestro protagonista llevándonos a un fascinante recorrido por el sur de España, África y el sur de América. Nos sitúa así, en el recorrido histórico y familiar del personaje, su infancia en un ambiente cargado de violencia doméstica y claros síntomas paranoicos de su padre, el conocimiento de la existencia de un hijo ilegítimo de su padre y la decisión de irse a África en busca de nuevas oportunidades, allí conoce – casi por casualidad – a su hermano que hacia el mismo recorrido que él, y se construye entre ambos una relación entrañable. Juntos se embarcan a América hacia Brasil, allí se separan, Manuel se va a Argentina y luego pasa a Chile. La intención era reencontrarse, nunca perdieron el contacto. Hasta que hacia finales de 1907 estando en Argentina deja de tener noticias y decide cruzar la cordillera a saber qué ha pasado con su hermano, se traslada a Iquique y conoce la funesta noticia, su hermano estaba en la Escuela Santa María y forma parte de las largas listas de obreros asesinados. Indudablemente que este hecho marca su vida y deambula por numerosos oficios en Chile entre el dolor y la congoja, entre la rabia y el odio y los deseos de venganza. Hasta que llega aquel día del 14 de diciembre de 1914, cuando se encuentra con el General y decide atacarlo.

En el juicio que se abre en contra de Antonio Ramón Ramón se trató de manera insistente de

encontrar una vinculación con grupos anarquistas o socialistas que justificaran políticamente el incidente, pero no se logró, “Es sin duda alguna paradójico que este obrero español, alejado de todo activismo político y social y, por el contrario, incluso asequible y sumiso ante los requerimientos patronales, haya en un momento de su vida cogido una daga e intentado ejecutar al responsable de una de las matanzas obreras más brutales de este siglo en Chile”(p.83). Para los abogados que los defendieron era claro que existía una estrecha vinculación entre el hecho traumático de la pérdida de su hermano con el deseo de hacer justicia.

El Capítulo tercero *Proceso y Castigo*, nos interna en los avatares del juicio criminal mismo, señalándonos los tres caminos tomados para tratar de dilucidar el caso. El primero fue *la conspiración*, tratando de vincular al acusado con grupos políticos y redes de apoyo. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos desplegados no se logra encontrar nada que avale esta hipótesis. La segunda, fue *la venganza*, que es explicitada por el mismo acusado quien relata que se trasladó a Chile con el deseo de impedir que la muerte de su hermano quedara en la impunidad. En la tercera, sus defensores tratan de probar que los hechos fueron cometidos en un momento de *demencia*, la cual no estaba ausente de sus antecedentes familiares, los cuales son investigados y llevados al juicio, insistiendo que la pena había agotado sus últimas reservas de lucidez, según los partes médicos “Fue la vista de la persona que encarnaba sus desgracias la que actualizó su idea de venganza. El dolor cedió el paso a la ira” (p. 107). El resultado es que recibe una condena en primera instancia de 8 años, luego de varias apelaciones en 1917 se dicta una sentencia de 5 años por Intento de homicidio.

Uno de los aspectos más destacados de este capítulo es la capacidad del autor para ir internándonos en un campo gris como es el judicial, entregándonos un relato que una vez más nos acerca a un lenguaje novelesco que nos hace apresurar la lectura para conocer el final de la historia.

En el capítulo cuarto *La Impunidad y la Venganza. A modo de Conclusión*, el autor nos traslada a una debate más teórico y político, poniendo el acento en que este incidente “nos demanda reflexionar, desde una perspectiva histórica, respecto de la díada epistemológica

más significativa del siglo XX: impunidad y castigo. Ello porque hoy, más que nunca, es necesario salirle al paso a los exegetas de la impunidad; a aquellos que, desde todas las tribunas políticas..., se esmeran en enmascarar la realidad con eufemismos. Se trata de enfrentar y de exponer aquellos que a través de la historia han relativizado las matanzas sistematizando neologismos como: desaparecidos, chupados, trasladados, reasentados, etc. Se trata de enfatizar con meridiana claridad que mientras algunos – los más brutales – secuestraban los cuerpos y extirpaban las utopías, estos otros – algo más sutiles –, secuestraban la memoria histórica intentando camuflar la realidad” (pp. 150–151).

Por otro lado, el autor nos traslada la discusión teórica hacia el tema de la violencia y el castigo punitivo, que recae en los sujetos que son disciplinados y moldeados por la sociedad burguesa que intenta – como dijo Foucault – crear cuerpos dóciles. Un análisis teórico que tendió a comienzos del siglo XX en encontrar explicaciones de carácter individual y por lo tanto susceptible de ser analizados psicológicamente. Desde allí nos traslada al tema de la violencia como constructo social que interactúa con los patrones individuales, pero incubado en procesos de acumulación de odio y de ira se transforman en acciones violentas. Así puede ser entendido el hecho protagonizado por Antonio Ramón Ramón. El autor termina su libro con un análisis sobre la violencia y su relación con los poderes dominantes, dice “la violencia es constitutiva de la práctica política, porque es fundadora de la juridicidad estatal. De esta manera la violencia se convierte en condición fundacional de la ley, en el sentido de que ésta se mantiene viva o vigente en virtud de la subsistencia de la primera. Además de esto, la violencia se incorpora a la Ley, pues es el único campo en el cual se legitima la coerción, es decir, la posibilidad de ejercer la violencia y, evidentemente, también, la coacción o ejercicio de la violencia. Es por ello que lo que el Estado teme de la violencia es la aparición de un orden jurídico-político nuevo, diferente a aquel establecido por una primigenia relación de fuerzas. Los desbordes populares, en consecuencia, sean éstos individuales o colectivos, deben ser rápidamente localizados y reducidos. Sólo ello garantiza la reproducción del poder y la estabilidad del sistema. En este diseño, no existe lugar para la venganza individual” (pp. 168-169).

El resultado final de este libro es un relato apasionante que nos sitúa frente a un ejercicio historiográfico donde lo microsocia se transforma en el espejo a partir del cual podemos mirar la sociedad, no sólo con un objetivo contextual, sino para comprender las relaciones sociales que se construyen e ir de esa manera recorriendo los devenires de los sujetos sociales en el intrincado y sinuoso camino de la historia social de nuestro país.

**Griffin, Roger (ed.), *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*. New York, Routledge, 2005, 225 pp.**

Por Jan Nelis  
(Universiteit Gent, Belgie)

This new volume, edited by Roger Griffin, presents some highly interesting studies concerning the phenomena ‘totalitarianism’ and ‘political religion’. It is a special edition of the progressive journal *Totalitarian Movements and Political Religions*, founded by Robert Mallett in 2000. As the book, this journal is almost entirely dedicated to research in the field of twentieth century totalitarian regimes and movements, a very fertile field of investigation. The new Griffin volume offers a series of valuable and sometimes innovative discussions of the usefulness of, and the relationship between, the notions totalitarian fascism on the one side and political religion –often seen as an aspect central to totalitarianism- on the other. As Griffin puts it in his elaborate introduction (pp. 1-31) to the volume: “It is when totalitarianism and political religion are applied to fascism, conceived in a way broadly consistent with the concise definition offered here (the ‘new consensus’), that the possibility of a powerful conceptual cluster emerges” (p. 10). It is this ‘conceptual cluster’ which unites the interesting contributions of scholars from around the globe and, as we shall see, it does so in a convincing way.

The first contribution is offered by Emilio Gentile (pp. 32-81)<sup>1</sup>, prominent historian of Italian fascism and author of one of the first articles on fascism as a political religion<sup>1</sup>. Even if the focus is mostly on Italian fascism, the Gentile article can be read as a general, introductory reflection on the subject of the book. It starts off with an overlook of the different ‘waves’ in the historiography of Italian fascism, and especially of the renewal which has taken place in the study of fascism the last two

decades. It pleads for an analysis of fascism ‘on its own terms’, i.e. not only seen from above, but also from below, ‘through fascist glasses’ so to speak. More specifically fascist totalitarianism should, according to Gentile, be seen as a process, not only in terms of its success, but also in terms of the ‘will to totalitarianism’: “In an historical sense, it can be observed that totalitarianism is always a process and not a complete and definitive form, assuming that connections between institutions and ideology are taken into consideration” (p. 58). The author then proceeds to explain and clarify his thinking on the subject, during which he also masterfully replies to some of his most harsh critics, notably Australian historian R.J.B. Bosworth (n. 36, pp. 75-76). Gentile states that he considers the aesthetic central to fascism, which can in a sense be seen as ‘spectacle’ (p. 44-45), but he also clearly points out that, contrary to George L. Mosse, he came to his analysis of fascism as a political religion through his study of the sacralisation of politics by fascism rather than from an analysis of the ‘aestheticising of politics’. With his contribution, Gentile offers a general introductory discussion on the phenomenon of political religion, which should be seen not as the only, but as one of the possible keys to the interpretation of fascism (p. 63).

Next is Richard Steigmann-Gall’s article on ‘Nazism and the Revival of Political Religion Theory’ (pp. 82-102). Steigmann-Gall in a sense radicalises the observations made by Gentile in stating that the definition of Nazism as a political religion should be used as a descriptive, not as an analytical tool. Whatever its usefulness for a better comprehension of the functioning of Nazism, it can but explain one of its features: “But while this image of Hitler as mass hypnotist reveals a good deal about the *ambitions* of Nazi propaganda, it tells us very little about the realities of audience reception or the degree of actual social consent which the Nazis were so anxious to secure” (p. 87). Steigmann-Gall then proceeds with a description of how, under Nazism, not more than a small minority promoted the creation of a ‘new paganism’. While this aspect is amply illustrated with references and citations, it does in our opinion not touch upon the central question: was Nazism a form of political religion (and not, as Steigmann-Gall does here, did Nazism create a politicised form of religion, c.q. a new paganism)? Of course Hitler and most of the Nazis did not want a new religion, were contrary

religion, but this does not have to mean that they themselves did not attempt to create a form of politics which can be analysed as aestheticised, sacralised politics. This sort of analysis however is deemed void by Steigmann-Gall, who concludes as follows: “The totalising quality of Nazism, its attempt to nestle itself into every aspect of the individual as well as the collective, certainly could argue for its ‘totalitarian’ nature, but hardly qualifies it as a religion. Unless, of course, we suggest that all totalitarian regimes are political religions – in which case this particular analytical device loses its ability to account for differences between systems that not only opposed liberal democracy, but also opposed each other” (p. 99).

The next study deals with a British fascist movement, Oswald Mosley’s *British Union of Fascists (BUF)*, pp. 103-124). In an incisive way, Thomas Linehan illustrates how the rhetoric of this movement –which was never linked to an established regime- was entirely ‘totalitarian’, how claims were made for a total, all-encompassing control of the new *BUF*-way-of-life. In a second phase, the author illustrates how the British variant of fascism was propagated, lived, as a sort of new faith, in a very real sense as a ‘political religion’. With his study the author implicitly refers to Gentile’s observations on the ‘will to totalitarianism’, and offers a very valuable contribution to a debate which covers a very large field, now also including minor and lesser known movements such as the *BUF*.

A similar study, with a focus on Romanian fascism, is offered by Radu Ioanid (pp. 125-159). This researcher investigates the relationship between Romanian fascism and existing religion. It is known that Romanian fascism was firmly linked to established religion, and in his study Ioanid convincingly illustrates how fascism, even if it borrowed from religion, did not perpetrate a ‘politicising of religion’, but can also be seen as a form of political religion, since it is a clear case of Gentilean sacralisation of politics. Ioanid’s study remains rather descriptive, but even so, it makes its point in a very straightforward way.

The last two studies inform about fascist movements in the United States. Martin Durham writes about the *National Alliance* (p. 160-174), a racist form of fascism, to a high extent inspired by German Nazism. Durham delivers an interesting study about another lesser known fascist movement, which made ‘total’ or

‘totalitarian’ claims to life and can be considered a political religion, not in the sense of Gentile, but, according to Durham, as a form of political religion “in which the secular is not consecrated, but transcended” (p. 173).

The last study, by Chip Berlet, analyses the American wing of the *Christian Identity Movement* as a hybrid form of clerical fascism (pp. 175-212). This movement reminds strongly of Romanian fascism (cf. supra), in that it has very strong ties with existing religion. As said, the *Christian Identity Movement* is a hybrid form of (fascist-like) political religion which up until today has not yet been duly analysed. A lot still can be done concerning this contemporary form of ‘fascist religion’, and at the end Berlet makes the following interesting and promising suggestion: “At some point, however, is it not possible for a politicised religion to take that one last step over the boundary and become a form of political religion?” (p. 201).

*Fascism, Totalitarianism and Political Religion* offers an up-to-date discussion on the problem of totalitarianism and political religion. It does so through a balanced mix of theoretical, conceptual analysis and more detailed, information-laden discussion. The book is necessary reading in the field of not only the study of totalitarianism and political religion, but also of fascism in general. Our only regret is that we have not been informed about other, lesser known forms of fascism such as the *Action Française* or the *Spanish Falange...* Let’s hope this book will stimulate similar research on such interesting topics.

#### NOTES

<sup>1</sup> Gentile Emilio, “Fascism as Political Religion”. *Journal of Contemporary History*, XXV-2/3 (1990), 229-251.

**McNeill, John R., *Algo nuevo bajo el Sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX*. Alianza Editorial, Madrid, 2003, 504 pp.**

Por Alejandro Román Antequera  
(Universidad de Cádiz)

El título de este libro condensa su idea fundamental. La existencia de un cambio. Ese cambio se ha producido en el medio ambiente del planeta a lo largo del siglo XX, y el principal protagonista del mismo ha sido el ser humano a través de sus acciones.



La comprensión de ese cambio en la centuria pasada es una de las cuestiones que se debe plantear cualquier persona en la actualidad, ya que sus acciones se están viendo afectadas todos los días por ese fenómeno. Este hecho se convierte en una necesidad perentoria, si se tienen en cuenta los problemas ecológicos que tienen lugar en este momento. Estos problemas generados por las actividades de la especie humana, una vez reconocidos, deben ser abordados para su solución, sino se traspasarán los umbrales de habitabilidad, descompensando la relación entre la población y los recursos, con lo que se convertirán en reales las previsiones de Malthus.

John R. McNeill parte de que el cambio experimentado en el medio ambiente en el siglo XX no ha sido normal, ni por su intensidad, ni por la acción decisiva del ser humano para generarlo. La humanidad ha decidido por medio de su comportamiento social, político, económico e intelectual que se produjese este proceso. Además, ha supeditado sus modelos de pensamiento, comportamiento, producción y consumo a su adaptación a las circunstancias actuales: las características del clima de hoy; la disponibilidad de energía –combustibles fósiles– y agua dulce barata en el siglo pasado; el rápido crecimiento demográfico; y, un más veloz crecimiento económico. Si se diese una modificación en estas circunstancias, la especie humana verá exigido un esfuerzo de adaptación, que no será fácil de adoptar, aunque sí será necesario para la supervivencia.

El análisis planteado por McNeill aborda primero las “esferas” del planeta, a las que dedica los siete capítulos de la primera parte, denominada “La música de las esferas”. Así, se acerca a la litosfera y la pedosfera, la atmósfera, la hidrosfera, y la biosfera. Analiza los efectos causados por la acción humana en el siglo pasado, y demuestra que son más profundos que los de todo el resto de la historia en su conjunto. Las actividades humanas guiadas por la premisa del crecimiento económico no se detuvieron en la mayoría de las ocasiones por las catástrofes ecológicas que ocasionaban, como el agujero de la capa de ozono, la lluvia ácida, el *smog* de las ciudades, el abuso de las aguas freáticas, el “asesinato” del mar de Aral, la extinción de especies animales y vegetales... Todo se justificaba por la consecución de un mayor bienestar, del que sólo ha disfrutado una parte de la población mundial. No obstante, estas

acciones son aún reversibles en muchos casos, siempre que exista la voluntad para efectuar ese cambio, que se ha llevado a cabo en cuestiones puntuales.

Sin embargo, McNeill no se detiene en la descripción del cambio medioambiental a través de la acción humana, sino que la interrelaciona con lo que él denomina los “motores del cambio”. De este modo, pasa a analizar el crecimiento demográfico, las migraciones, la urbanización, los cambios tecnológicos, la industrialización, la política internacional y las ideas, y el cómo se interrelacionan con las medidas medioambientales. Remarca la importancia de las decisiones adoptadas en estos campos, que han provocado el medio ambiente que existe en la actualidad. Quizás, sin tener una conciencia clara de lo que se hacía; pero, sin lugar a dudas, la mayor responsabilidad del cambio medioambiental pertenece al ser humano.

Este cambio conduce a la humanidad a tener que escoger entre dos caminos, que McNeill plantea a través del ejemplo de las estrategias utilizadas por tiburones y ratas. Si se escoge el tipo de estrategia de los tiburones, se producirá una hiperespecialización, que estará basada en el mantenimiento constante de la situación actual, con modificaciones de pequeña intensidad. Esta opción conduciría en las circunstancias que se están concitando en el presente a una situación excesivamente complicada, que sería prácticamente insuperable, al igual que ocurrió con los asentamientos vikingos en Groenlandia, que no se adaptaron a la pequeña glaciación iniciada en el siglo XIV, y que no fueron capaces de superar por medio de su economía ganadera, que no se modificó por una decisión de las elites, que pensaban que debían mantener el sistema imperante para asegurar su primacía.

De hecho, el ser humano se ha comportado más como las ratas a lo largo de la historia. Ambas especies han conseguido garantizar su supervivencia por su capacidad de adaptación a los cambios que se producían en el medio. De ahí, que la elección resulte clara a la hora de escoger el comportamiento. Pero, no basta con decidir adoptar una estrategia basada en la adaptabilidad, una opción que se corre el riesgo de no escoger si se piensa que la situación actual será permanente, y no coyuntural. Hay también que tomar la decisión de afrontar los problemas que se plantean, ya que en la actualidad el

modelo de desarrollo que se practica es insostenible.

McNeill, señala que este comportamiento se ha podido mantener a lo largo del tiempo en algunas zonas, como China, que lleva “3.000 años de desarrollo económico insostenible”; sin embargo, es difícil creer que a escala planetaria se pueda mantener esta tendencia, por lo que la humanidad se ve abocada a ajustar su desarrollo de un modo sostenible. Sino, se producirán tensiones en el futuro ante la escasez de agua dulce limpia, los efectos del calentamiento del clima y la reducción de la biodiversidad. En resumen, ante una reducción de la oferta de los recursos disponibles ante una demanda que irá en aumento.

Para evitar este posible futuro, en el epílogo de su obra, McNeill, además de anticipar la fuente de las futuras tensiones, indica el camino para solucionarlas. Es mejor prevenir que curar, ya que lo primero requiere menos tiempo y energía que lo segundo, sin las garantías de una solución apropiada, al igual que con las enfermedades o los asuntos de estado. El modo sería la adopción de un nuevo sistema energético, más barato y limpio; y, completar la transición demográfica en todo el planeta, con lo que se reduciría el crecimiento demográfico, y por consiguiente, la presión sobre el medio ambiente. La primera medida requerirá primordialmente la concentración del trabajo de investigación científico; mientras que la segunda supone un esfuerzo por la educación femenina en los países más pobres, que serían siempre los más afectados por los problemas que surjan, ante su menor disponibilidad de recursos para solucionarlos. Otra posibilidad sería un cambio ideológico hacia una feroz preservación del medio, originado en el ecologismo surgido en los años sesenta del siglo XX, y que por el momento, ha conseguido éxitos puntuales; pero, no ha hecho olvidar la premisa básica que ha inspirado la acción humana: el crecimiento económico.

El papel de la historia en esta toma de conciencia debe ser fundamental, siempre que se coaligue con la ecología. Sin esta simbiosis no se alcanzará a comprender plenamente el pasado de la humanidad, lo que impedirá prever mejor el futuro. La anticipación es la clave para una buena adaptación a los cambios. Es mejor no dejar las cosas al azar, y que hay que labrarse la suerte, lo que permitirá la supervivencia del ser humano. En definitiva, diferenciarnos tanto de

las ratas como de los tiburones, y ser nosotros quiénes optemos por lo que queremos.

**Pacheco Silva, Arnoldo, *Economía y Sociedad de Concepción siglo XIX: sectores populares urbanos, 1800–1885*. Concepción, Universidad de Concepción, 2003, 319 pp.**

Por Mario Valdés Urrutia  
(Universidad de Concepción, Chile)

Por medio del trazado de las características principales que tuvo la vida de los sectores populares urbanos, el autor instala al lector en la vida de Concepción [Chile] en el siglo XIX, quizás una de las pocas ciudades merecedoras de tal denominación a la época de la crisis monárquica de 1808. Aunque el estudio culmina en 1885, la mirada histórica cubre la mayor parte del siglo XIX.

Una primera parte de la obra está destinada a caracterizar cómo la economía de la Conquista deviene en una estructurada en torno a la tierra y la explotación ganadera y agraria. Con este fondo, se comprende mejor la economía tradicional que impera en Concepción y en su entorno inmediato al comenzar el siglo XIX. Es precisamente esa economía tradicional basada en la explotación de trigo, ganado y vides la que se transforma en una moderna y mercantil en base a las exportaciones de sus productos, la demanda de otras áreas del mercado nacional y la apertura a productos europeos, con lo cual arriban al área de estudio desde capitales hasta nuevas tecnologías. Si bien la molinería es la primera actividad industrial verificada en Concepción, el autor pasa revista a los demás rubros denominados industriales en la época instalados en la ciudad o en su entorno cercano, dentro de la provincia de Concepción; a saber: explotación de carbón, la fabricación textil, además de las actividades comerciales y propiamente industriales instaladas en la ciudad; desde panaderías hasta talleres de reparación de carruajes a tracción animal. El análisis comprendió la modernización que para la ciudad significó la construcción e instalación de una red de gas (1870), energía eléctrica (1887), tranvía urbano a tracción animal primero (1886), eléctrica después (1908), más la modernización del crédito con el surgimiento de dos entidades bancarias en 1870 y en 1871.

En la segunda parte de la obra son examinadas las formas de inserción de los sectores populares en la vida urbana y económica de Concepción.

La modernización económica que afecta a Concepción y sus cercanías se tradujo desde la década de 1840 en el desarrollo de la actividad productiva en torno a la exportación triguera, la molienda de trigo y la demanda de mano de obra para las actividades carboníferas del litoral. Estos hechos ayudan a explicar el fenómeno migratorio desde el campo hacia la ciudad, la subsecuente demanda de sitios de los inmigrantes para instalarse a vivir en la urbe y el aumento de población experimentado por Concepción a través de buena parte del siglo XIX.

Un aspecto que llama la atención respecto al trabajo de los sectores populares de la ciudad y de los poblados cercanos que experimentan el incremento modernizador de su economía es la evolución de los oficios desarrollados por los jornaleros: entre 1865 y 1885, prácticamente la mitad de los trabajadores pertenecientes al mundo popular realiza labores que en conjunto se concentran en trabajos de sirvientes, jornaleros, costurera y lavanderas, comprendiendo a hombres y mujeres; y se observa también en los cuadros que informan la estructura laboral de Concepción que los peones van disminuyendo su presencia en las actividades laborales urbanas, lo cual vendría a corroborar un aspecto de la modernización de la vida económica. Desde luego, en los sectores populares hay matices en cuanto a su ilustración y actividad económica; siendo los artesanos quienes desarrollaron trabajos con mayor valor agregado (carpinteros, plateros, zapateros). Desde los artesanos provino la preocupación mutua en los años 60s, figurando entre sus objetivos y primeras preocupaciones la formación de una biblioteca y de una caja de ahorros para sus asociados. Además, junto a los trabajadores defenderían sus intereses a través de la prensa obrera, con anterioridad a su vinculación con el Partido Democrático, nacido en el país en 1887; referente preocupado de abolir los impuestos a los alimentos y la protección a la industria nacional, aparte la preocupación por llevar sus representantes al Parlamento y a los municipios. La actividad política del mencionado partido no solamente involucró sectores laborales sino también sectores medios de la sociedad local.

El estudio de las condiciones de salud imperantes en Concepción a través del periodo estudiado, coloca énfasis en los problemas que afectaron a los sectores populares. La organización de un sistema hospitalario de

caridad justamente tuvo su origen como reacción a los males de los sectores pobres. Las enfermedades y la alta mortalidad fueron una expresión de la calidad de vida que afectó a los sectores sociales bajo estudio. Las condiciones de higiene y las epidemias de viruela y cólera que tuvieron presencia en la urbe en el siglo XIX, ayuda a comprender la situación. Por otra parte, en un corte realizado a mediados de aquel siglo, las enfermedades de transmisión sexual, el reumatismo y los males respiratorios eran las principales enfermedades que afectaron al mundo popular. El autor trata también las formas de abordar la demencia en la época. Otros fenómenos que involucran a los sectores populares se vinculan con la ilegitimidad, el abandono de niños, la indigencia y la mendicidad; y no son temas menores, aunque a veces la escasez de las fuentes impida un tratamiento mayor. Piénsese solamente que en una mirada de conjunto, la ilegitimidad es un fenómeno que alcanza al 40% de los niños registrados en el archivo parroquial de Concepción.

El estudio histórico de los sectores populares examinó también la diversidad de actividades lúdicas y de entretención que implicaron un especial uso del espacio urbano a través de los juegos de niños y jóvenes -como el volantín-hasta la concurrencia a riñas de gallos y a locales de precaria construcción como las *chinganas*, donde era posible, beber, jugar al naípe, bailar y hasta comer algún guiso criollo. Las festividades religiosas en un mundo de fuerte tradición cristiano católica tuvieron, por cierto, la participación de estos sectores populares en el recogimiento de Semana Santa o en las procesiones donde se recordaba a alguno de los santos. Al revisar todos estos aspectos se observa la capacidad de imaginación, diversión, recogimiento religioso y construcción de humanidad exhibida por los sectores populares de Concepción; en una expresión, el autor nos introduce en los caracteres que visten a grandes rasgos la época analizada, pero asimismo reconstruye el pulso de la vida cotidiana de parte importante de la población de la ciudad y su entorno.

Una deuda queda con el lector y con el oficio de historiar: el fenómeno social de la prostitución no es abordado. Podría ser otro tema de trabajo, dependiendo de las fuentes examinadas; no obstante, la consideración de la prensa y principalmente el contenido de las fuentes judiciales podrá permitir, quizá en un futuro

cercano, hacerse cargo de una cuestión que tuvo una importante presencia en el mundo popular como mecanismo de sobrevivencia, asociado a otros quehaceres de pulperías y *chinganas*.

**Paxton, Robert O., *Anatomía del fascismo*. Barcelona, Península, 2005, 366 pp.**

Por Miguel Ángel del Arco Blanco  
(Universidad de Granada)

Desde los primeros días del surgimiento del fascismo, los contemporáneos comenzaron a reflexionar sobre el fenómeno. Su espectacular irrupción en la política de masas de la sociedad europea de entreguerras no dejó indiferente a casi nadie. Tras la II Guerra Mundial, el brutal desenlace al que fascismo y nazismo llevaron a Europa y, por que no decirlo, a la Humanidad, no hizo sino incrementar el número de estudios sobre las causas, morfología, naturaleza y consecuencias del fascismo. Era un elemento de unas consecuencias tan nefastas y estremecedoras que, bajo la alargada sombra del exterminio y el Holocausto, no podía pasar desapercibida a los historiadores. Tampoco hoy.

Sin embargo, y a pesar de la indudable relevancia del fascismo, en pocos aspectos de la Historia Contemporánea existe una divergencia mayor entre los avances de la historiografía y el conocimiento que del fenómeno tiene el resto de la sociedad. Por eso obras de esmerada síntesis como la que nos ofrece Robert O. Paxton son tan oportunas, al sacar a la luz a un público más amplio, pero no por ello de menor altura o relevancia, las reflexiones y debates de la historiografía. Sin embargo, quizá sea esta característica de esta meritoria obra la que provoca que, a su vez, las líneas de la misma no satisfagan del todo a casi ningún estudioso del fascismo.

El enfoque del tema abordado, como no podía ser de otro modo, condiciona el resultado de la obra; como se advierte en el prefacio, el autor decide centrarse «más detenidamente en las acciones del fascismo que en sus palabras». Esto le llevará, lo anunciamos ya, a sostener una visión del fascismo en la que priman valoraciones factuales e históricas («observemos—escribirá el autor— al fascismo en acción»), dejando a un lado perspectivas culturales o ideológicas para estudiar el fenómeno. Paxton prima los hechos por encima de las palabras y las ideas; ofrecerá así, como en alguna ocasión

ha afirmado Ismael Saz, un modelo del fascismo que en muchos casos podría ser aplicado a regímenes totalitarios o autoritarios que poco tendrán que ver con el fascismo.

El primer capítulo está dedicado a la creación de los movimientos fascistas. En esas páginas se reflexiona sobre los antecedentes inmediatos, resaltando la vital importancia de la Gran Guerra que, más que crear el fascismo, le brindaría amplias oportunidades culturales, sociales y políticas para su aparición. No obstante, el fenómeno también contaría con raíces culturales e intelectuales sin las que no hubiese cobrado vida (Nietzsche, Sorel, Spengler), además de unos precedentes históricos reflejo de una sociedad cada vez más preparada para recibir el discurso fascista (el general Boulanger en Francia o Kart Lueger en la Viena de preguerra).

En el segundo capítulo se aborda el arraigo del fascismo. En el periodo de entreguerras casi todas las naciones de la Tierra sometidas a una política de masas generaron alguna corriente intelectual o algún movimiento activista emparentado con el fascismo. Pero, ¿por qué el fascismo triunfó en países como Italia y Alemania y fracasó en otros? Paxton analiza los fascismos triunfantes, Italia y Alemania, pero también otros que no lo fueron (Francia, Hungría, Bélgica, Rumanía, Inglaterra). A juicio del autor, la existencia de un orden liberal tambaleante fue una de las premisas más determinantes para el triunfo del fascismo, así como la evolución y el papel del mundo rural (el Valle del Po en Italia o Schleswig-Holstein en Alemania). Sin embargo, la justificación principal para el arraigo del fascismo sería el pragmatismo de sus líderes que, colmados de ansias de poder, suavizarían la radicalidad de su discurso, ofreciendo unas promesas menos revolucionarias, sabrosas y asumibles para las elites tradicionales. Sin embargo, limitar el arraigo del fascismo a la determinación de un *duce* o *führer*, prescindiendo de otros condicionantes culturales o sociales, puede contribuir a ofrecer una fotografía sesgada del fenómeno fascista y de cómo y por qué consiguió atraer a la sociedad europea de entreguerras.

La toma del poder por los partidos fascistas sería el siguiente paso (capítulo 3). En el caso de Italia, el autor desmonta viejos mitos sobre la toma del poder de Mussolini: la «Marcha sobre Roma fue un auténtico farol que salió bien», y en la que quedaron patentes los límites y

debilidades del sistema liberal italiano, así como la fatídica decisión del Rey de entregar el poder al *Duce*. En Alemania, las carencias de una República de Weimar paralizada, así como la torpeza de políticos como Franz von Papen serían las responsables del ascenso de Hitler a la cancillería. Así, Paxton es contrario a la mítica idea de la «toma del poder» por los partidos fascistas, bien a través de unas elecciones, un golpe de estado o un triunfo plenamente cuestionado. Para él, tanto Hitler como Mussolini tuvieron que pactar con las elites conservadoras de sus respectivos países: estas fueron sus cómplices, al desechar otra alianza con fuerzas de centro-izquierda que aislase al fascismo e hiciese perdurar la democracia. A cambio, el fascismo aligeraría su discurso político de carga revolucionaria, salvaguardando los intereses de las elites tradicionales, a las que ofrecería orden, nacionalismo, y paz social impuesta por la violencia y la represión. Ahora bien, la auténtica «toma del poder» llegaría entonces: cuando Mussolini o Hitler alcanzan la cúspide del poder, completarían su control del Estado transformando su cargo en una autoridad personal ilimitada. En el resto de países europeos los partidos fascistas no llegaron al poder. En cada país, el triunfo o el fracaso vendrían determinados por el espacio político disponible, así como la determinación de las elites tradicionales para aliarse con el fascismo. La complicidad de las elites se presenta como el elemento fundamental para explicar el ascenso del fascismo: no obstante, el papel de las heterogéneas clases medias, algunas muy comprometidas con él, parece no ser muy relevante para Paxton a la hora de explicar la llegada del fascismo al poder. A veces da la sensación que, para el autor, el triunfo o fracaso del fascismo en un país era una cuestión que estaba en manos del acuerdo entre unos cuantos dirigentes nazis y las elites tradicionales. Apoyar esta interpretación en el marco de la política de masas, puede ser un poco maniqueo, alejándonos de la verdadera naturaleza y complejidad del fascismo.

El capítulo 4 explora el ejercicio que del poder hicieron los fascismos. Ningún régimen fascista fue ideológicamente puro: por la necesidad de cumplir con las alianzas que le alzaron al poder, moderó su lenguaje y, lo que es más importante, sus medidas políticas. A pesar de ello, ningún líder fascista fue plenamente libre: existió una pugna constante entre los fascistas y sus aliados conservadores; pero también entre el caudillo y el partido. Así, el ejercicio del poder de los

regímenes fascistas consistiría en una constante lucha entre cómo mantener en marcha la energía del partido sin alterar el orden público y, por otro lado, no asustar a los aliados conservadores. En ese marco, el autor reconoce la existencia de un «consenso» dentro de los regímenes fascistas; pero un consenso en el que el terror y la represión siempre estuvieron presentes. Al final, aunque los Estados fascistas realizaron algunos cambios espectaculares, dejaron prácticamente intactas la distribución de la propiedad, la jerarquía económica y social: el resultado de sus políticas fue consecuencia inmediata de unas alianzas y un funcionamiento interno que los condicionaron en todo momento.

Ahora bien: los regímenes fascistas habían garantizado a sus pueblos una «relación privilegiada con la historia». Sus promesas de futuro les empujaban a aparentar una impresión de dinamismo, de movilización continua, de «revolución». En algunos países se llegó a la radicalización (Alemania, Italia), mientras que en otros, regímenes fascistizados o fascistas desembocaron en dictaduras tradicionales o autoritarias (España, Portugal). El capítulo 5 ahonda en estas cuestiones. ¿Qué impulsa a la radicalización? Para Paxton el papel del líder es clave, pero también el de la estructura estatal y el de la sociedad. Y la II Guerra Mundial: fue ella, y el afán expansionista fascista, lo que llevarían a la radicalización de los regímenes fascistas. ¿Cómo se explica el Holocausto? ¿Y la radicalización del régimen de Mussolini, sus tardías leyes antisemitas o el fascismo renovado de la República Social de Saló? Fueron pasos progresivos, impulsados por la propia naturaleza del fascismo, y acelerados por la II Guerra Mundial y sus acontecimientos. Al final, los fascismos estuvieron «condenados a destruirse a sí mismos en su precipitada y obsesiva carrera hacia delante para cumplir con esa “relación privilegiada con la historia” que les prometen a sus pueblos».

El capítulo 7 mira a otros tiempos y a otros lugares: ¿es posible aún el fascismo? ¿Fue o será un movimiento limitado a Europa? Pese a reconocer al fascismo como característico de la sociedad europea de entreguerras, el autor rastrea atisbos de su existencia tras la II Guerra Mundial y fuera de las fronteras de nuestro continente. Bajo esta perspectiva, repasa la historia de Europa Occidental desde 1945, la Europa Oriental postsoviética, o la posible evolución del fascismo fuera de Europa (Sudáfrica, América Latina, Japón). Para

Paxton, el fascismo es posible en el futuro, como atestiguan el ascenso de algunos partidos de extrema derecha (Francia, Austria, Holanda...): sin embargo, será un fascismo «camuflado», que no reconocerá su naturaleza y renunciará a su vestimenta. Una pregunta surge entonces a los ojos del lector: ¿el fascismo, sin imagen, sin propaganda, sin escenificación pública, sin lenguaje y sin discursos... es fascismo?

Llegados a este punto de la obra, el autor dedica el último y más breve capítulo a exponer qué es el fascismo (capítulo 7). Con gran brillantez y capacidad divulgativa, hace un recorrido profundo por las distintas interpretaciones del fenómeno: como ya señaló De Felice a finales de los años 60, ninguna es plenamente satisfactoria, y a la vez ninguna es plenamente desechable. En todas ellas encontramos elementos válidos para dibujar esa “anatomía del fascismo”. Un fascismo que, finalmente, Robert O. Paxton define como «una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con las elites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones elites o legales objetivos de limpieza interna y expansión exterior».

En definitiva, a partir de un análisis de la vida del fascismo (creación, arraigo, ascenso, ejercicio del poder y caída) el autor disecciona el fenómeno, examinando su naturaleza y sus características, indagando en su «anatomía» para ofrecer una definición satisfactoria del mismo. Con una prosa ágil y cercana, donde se mezclan interpretaciones históricas con pinceladas y anécdotas de personajes y acontecimientos relacionados con el fascismo, el autor cumple con su objetivo. Bajo nuestro punto de vista, pese a que Paxton afirma colocarse a medio camino entre la ideología y los hechos, en su obra parece no tener demasiado en cuenta los componentes culturales, ideológicos y palinogénicos del fascismo (la obra de R. Griffin ha resaltado su importancia). Unos elementos que, además de hacer único al fenómeno, serían esenciales para explicar su naturaleza, su funcionamiento y peligrosidad. El fascismo fue algo más que un mero pacto entre unos dirigentes fascistas que adaptaron su

ideología y unas elites conservadoras que se sirvieron de ellos. En el escenario de la Europa de entreguerras, el resto de la sociedad también jugaba su papel: las clases medias, y en algunas ocasiones también las bajas, apoyaron al fascismo. Tras las bases sociales del fascismo, no sólo estaban los intereses económicos individuales o de clase. En una sociedad cuyos ojos habían vislumbrado la I Guerra Mundial, el desarrollo del capitalismo, el mundo urbano o la deshumanización del hombre moderno, las creencias, la ideología, y las formas de ver el mundo, eran aspectos a tener presentes para justificar sus acciones.

**Rashke, Richard, *Escapar de Sobibor*. Barcelona, Planeta, 2004, 592 pp.**

Por Daniel F. Álvarez Espinosa  
(Universidad de Cádiz)

Este libro es un testimonio de resistencia, de esperanza y de supervivencia. Sobibor, el campo de exterminio más pequeño construido por los nazis del III Reich fue escenario, el 14 de Octubre de 1943, de la mayor fuga de prisioneros sucedida durante la Segunda Guerra Mundial. Casi todo el mundo ha oído hablar alguna vez de Auschwitz, sin embargo, pocos son los que conocen el nombre de Sobibor. Encuadrado dentro de la Operación Reinhard de Heinrich Himmler, la clave hace referencia a los tres campos de exterminio secretos ubicados en el este de Polonia: Belzec, al sureste de Lublin, Sobibor, al nordeste, y Treblinka, al nordeste de Varsovia. Belzec, Sobibor y Treblinka eran muy diferentes de Auschwitz. Éste era un campo de concentración con cámaras de gas para aquéllos que no estaban aptos para trabajar. Pero los otros tres constituían “gigantescas máquinas de exterminio. Todos los judíos a los que se enviaba allí iban directos a las cámaras de gas en el plazo de veinticuatro horas”.

Se estima que los nazis gasearon y quemaron por lo menos a un millón seiscientos cincuenta mil judíos (la cuarta parte de los exterminados durante el Holocausto) en estos tres campos de la muerte. El fuego que encendía la noche, el cielo anaranjado que marcaba la silueta de las copas de los árboles, las columnas de humo gris oscuro que ascendían hacia el cielo despejado y el extraño olor dulzón que impregnaba el aire, constituyen su secreto, la verdad desnuda que Abraham Klat descubrió e intentó comunicar por carta: “si un día escaparas, dirás al mundo lo que está sucediendo aquí... no creerías lo que sucede

en este horrible lugar; es algo que la mente humana no puede concebir”.

La historia de la sublevación y la fuga de Sobibor es única. Como hemos señalado, estamos ante un testimonio de resistencia a pesar de las adversidades, de un alegato, firme y grandioso, por la dignidad humana. También supone un desafío revisionista, al poner en cuestión la supuesta pasividad de las víctimas del Holocausto. La mayoría de los historiadores apenas mencionan la resistencia de los judíos a la maquinaria de matanza nazi, y se ha impuesto el cliché que retrata a los judíos como una manada de corderos marchando resignados al matadero.

La base de esta obra son las entrevistas realizadas por el autor a dieciocho de los supervivientes, apoyadas por otras fuentes como libros, artículos y periódicos, buscando siempre la mayor veracidad de los hechos (el levantamiento y la evasión). La inclusión de las notas que remiten a las fuentes orales, al final de la obra y no a pie de página, mantiene con acierto el interés del lector por conocer quiénes sobreviven. Tres de ellos resultan de vital importancia: Alexander (Sasha) Pechersky, uno de los líderes que encabezó la revuelta, Stanislaw (Shlomo) Szmajzner, principal planificador de la fuga, y Thomas (Toivi) Blatt, estudioso del campo mientras estuvo prisionero y después de escapar. Un personaje central de la evasión fue León Feldhendler, guía moral y padre espiritual de todos los judíos, a quienes alentaba y trataba de infundir fuerzas: “No os rindáis. No os dejéis convencer... resistid, luchad, aguantad... Vivid con esperanza, la esperanza de poder atravesar las alambradas, de cruzar el campo minado hacia el bosque y de poder contar al mundo lo de Sobibor”. Hombre reflexivo y analítico, Feldhendler observó que los numerosos y descoordinados intentos de fuga ponían en peligro las vidas del resto de prisioneros del campo. Para evitarlo, decidió formar un equipo, la Organización, con el objetivo de llevar a cabo una evasión bien planeada. Feldhendler no sabía cómo, pero un punto lo tenía muy claro: la única esperanza para los judíos era una fuga masiva. El plan maestro tenía que abarcar a todos los prisioneros. Los miembros de la Organización no podían escapar dejando a los demás para que los matasen.

Un acontecimiento crucial en el devenir de los hechos fue la llegada a Sobibor del teniente judío ruso Alexander Pechersky. Capturado en

la batalla de Smolensk, traía consigo el bagaje de mucha “experiencia”: llevaba ya cuatro años entrando y saliendo de campos alemanes de prisioneros de guerra, de trabajo y de concentración. Pechersky era un soldado, un hombre acostumbrado a combatir y a matar. Además, como oficial, ejercía de líder. El teniente imponía su autoridad, sus hombres le respetaban y los otros prisioneros de guerra se agrupaban en torno a él. Éste era Sasha, a quien los judíos polacos llamaban “El Potitruk”. Un nombre que pretendía ser un cumplido, porque a ellos así les sonaba sus arengas, sobre todo cuando afirmaba que “nadie podrá hacer nuestro trabajo por nosotros”. Por fin la Organización contemplaba a alguien que tenía experiencia militar, de mando y de combate, que conocía las armas y sabía cómo usarlas. Y lo más valioso, no era ningún temerario. Todo ello le llevó a tomar una decisión a Feldhendler: “El ruso es nuestro hombre. Quiero que se sume a nosotros, que planifique la fuga, que la lidere”.

Hay que señalar otro elemento importante en la gestación de la fuga. Los administradores de Sobibor cometieron un pequeño “descuido”. Siguiendo el principio de la eficacia germana, para que el recinto funcionara correctamente eligieron a un grupo de prisioneros competentes, judíos listos y emocionalmente fuertes, que les odiaban incluso más que los nazis a ellos. Eran unos supervivientes, hombres que conocían el campo mejor que los propios alemanes ya que llevaban allí más tiempo que éstos. Es decir, que contaban con todos los elementos favorables para planificar una fuga. Tenían estudiados a los *blackies* (guardias ucranianos que vigilaban el recinto a las órdenes de los SS), cuántos eran, cómo se relevaban, el tipo de munición que llevaban, dónde la guardaban, su horario y cuándo estaban fuera de servicio. Sabían quiénes eran los jefes alemanes, la cadena de mando, sus hábitos y rutinas, cada cambio de ánimo y moral, cómo funcionaba el sistema de permisos y el momento en que estaban con menos vigilantes. La premisa era observar, analizar y filtrar todo. Vigilar cada movimiento realizado por los nazis para poder predecir sus aficiones y reacciones.

Una vez admitido en el comité de fugas, Sasha necesitaba una excusa para ir todas las noches al barracón de las mujeres, a intercambiar información detallada del campo con la Organización. Los alemanes vigilaban al ruso por su carácter de líder y León le buscó una novia “oficial”. Su nombre era Luka, una joven

judía que llamaba la atención por su belleza y su aire seguro y desafiante. Muchos hombres la deseaban y trataban de conseguirla. Se convirtió en una tapadera perfecta. Pero lo fundamental era la evasión. La Organización llegó a la conclusión de que, cuánto más complejo fuera el plan, menos posibilidades tendría de que resultara un éxito. El desenlace tenía que ser simple. Ése era su elemento más endeble, pero también el más fuerte. Lo imprevisible de la situación final podría contar en contra o a favor. Analizado hoy, el plan asombra por su osadía y sencillez, pero resulta muy minucioso y su cronología fue ejecutada como un reloj, según el modelo de la maquinaria nazi: 1) Matar a todos los jefes alemanes, uno por uno, con el mayor sigilo, en el plazo de una hora. 2) Cortar las comunicaciones con el exterior. 3) Un Kapo hace sonar su silbato para llamar a la revista diaria en el patio. Marcha ordenada de los prisioneros de cuatro en fondo hasta la puerta principal, como si fuera una salida de rutina al exterior. 4) Los guardias quedan confundidos ante la recién descubierta ausencia de sus jefes. 5) Ataque de los rusos al arsenal, volar la cerradura y hacerse con las armas. 6) Cortar las alambradas y atravesarlas por detrás de los barracones de los oficiales, donde no hay minas enterradas. 7) Fuga masiva hacia el bosque de Parzew, una extensión de varios kilómetros de espeso bosque al oeste de Sobibor. Una vez allí, intentar alcanzar las filas del Ejército Rojo, o bien, unirse a las guerrillas rusas que combaten en la retaguardia alemana o a los partisanos polacos. Porque fuera del campo había que seguir escapando. Además de a la cacería emprendida por los nazis, los prisioneros tenían que hacer frente a otros peligros. En algunas granjas o aldeas los polacos odiaban a los judíos más que los propios alemanes, y no dudaban en delatarles para robar su oro y dinero. En cuanto a los partisanos nacionales polacos, determinadas milicias eran ferozmente antisemitas y mataban a sus propios compatriotas.

El 19 de Octubre, cinco días después de la fuga, Himmler puso fin a la Operación Reinhard. Los rusos se estaban acercando y tenía que hacer desaparecer las pruebas de la masacre antes de que pudieran encontrarlas. Los SS procedieron a dismantelar las cámaras de gas, arrasaron los edificios y plantaron árboles donde antes habían estado los barracones de los prisioneros. Enclavado en un bosque de pinos, junto a la línea principal del ferrocarril, Sobibor parece hoy un lugar pacífico y tranquilo. Thomas Blatt

fue a visitarlo con el autor del libro. Allí coincidió con una excursión de escolares. Su monitor impartía un discurso turístico sobre el campo, les hablaba sobre sus míticos antepasados, los cristianos polacos a quienes los nazis habían asesinado en ese lugar. Toivi se vio obligado a intervenir: “perdone, yo estuve prisionero aquí”. Una anécdota que resume perfectamente la intención de este libro: “los niños deben saber la verdad”.

De total de trescientos prisioneros fugados se calcula que aproximadamente cincuenta consiguieron, de un modo u otro, sobrevivir hasta que acabó la guerra. Semyon Rozenfeld se unió al Ejército Rojo que alcanzó Berlín y escribió “Sobibor” en la pared del Reichstag, por todos los judíos asesinados. Sasha buscó durante años a Luka. Quería llevársela con él pero, durante la confusión final de la fuga, la perdió de vista. La multitud se la había tragado. Dos rusos del campo le informaron, más tarde, que la vieron en el bosque con un grupo de judíos que intentarían llegar a Chelm. Fue la última noticia que tuvo. “No he vuelto a saber de ella. Supongo que no lo consiguió”. Sasha combatió hasta el final del conflicto vistiendo una camisa que Luka tejió para él como amuleto protector. La prenda se exhibe hoy en un museo de Rostov.

Dos reflexiones finales para concluir. Éste es un libro veraz, preciso y sincero sobre las consecuencias del antisemitismo. Shlomo, establecido en Brasil, se muestra preocupado por su aumento en todo el mundo. Sobre todo, cuando observa cómo los árabes, que tienen muchos intereses económicos en ese país, enseñan a los brasileños a odiar a los judíos. Y un juicio pesimista, de constante alerta, emitido por Thomas Blatt: “creo que el Holocausto se volverá a producir. Puede que no en nuestra generación, pero será peor”.

**Said, Edward W., *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2004, 542 pp.**

Por Joaquín Piñeiro Blanca  
(Universidad de Cádiz)

El Imperialismo ha sido, sin duda, uno de los fenómenos de mayor trascendencia en la historia de los últimos ciento cincuenta años y un proceso de dimensiones gigantescas desde varios puntos de vista: el geográfico, el político, el socioeconómico y el cultural. De este último aspecto se ocupa la monografía aquí reseñada, que ofrece un interesante y revelador análisis del



elemento que, hasta ahora, ha recabado una menor atención de la historiografía. Por otra parte, el atractivo aumenta si, además, se tiene en cuenta que el autor se desenvuelve en una perspectiva poco convencional: Su principal objetivo radica en estudiar el impacto que la cultura y costumbres de las zonas colonizadas tuvieron sobre las grandes capitales imperiales, y no sólo al contrario, como ha sido hasta ahora habitual.

Edward W. Said se introduce de forma brillante en esta aventura analítica eligiendo varias expresiones culturales significativas en diversos campos creativos y que tienen la virtud de poner de manifiesto los argumentos legitimadores del Imperialismo y, a su vez, los cambios que necesariamente se generaron por el contacto de mundos diversos, a veces opuestos. *Aida* de Verdi, *El Corazón de las Tinieblas* de Conrad, *Mansfield Park* de Jane Austen, *Kim* de Kipling y *El Extranjero* de Camus son algunos de los ejes básicos sobre los que giran los argumentos de este libro. Cultura y política se presentan como cooperantes, a veces conscientes, otras intuitivos, en la construcción de un complejo sistema de dominio que exigía mucho más que el uso de la fuerza militar; un sistema que demandaba el establecimiento de referentes iconográficos, simbólicos o ideológicos que capturasen la imaginación de los pueblos dominados, pero también de los dominadores. El resultado es conocido: se fabricó un entramado para sostener el convencimiento colectivo de que Occidente, no sólo tenía el derecho de dominar el mundo, sino que tenía en ello una obligación como agente “civilizador” de los pueblos “atrasados”. La producción cultural ayudaba a que el colonizado aceptase la subordinación a través del pensamiento positivo del bien común o admitiendo la idea de que no existía otra alternativa posible. En ello cifraba el Imperio su perdurabilidad.

Siguiendo esta línea, el autor reflexiona de forma lúcida acerca de cómo se van articulando las relaciones entre las metrópolis y sus periferias, en un juego que Said califica de “contrapuntos”. Son muy significativos los comentarios que el escritor realiza para sostener la premisa de que la existencia de los imperios coloniales definen la producción cultural europea, bastante más allá de lo aparente, en casi todos los campos de la creación intelectual. Por ejemplo, él nos advierte de cómo la serena rutina de *Mansfield Park*, la mansión en la novela de Jane Austen, se mantiene con el trabajo de

esclavos de una isla caribeña. En otras obras, como *Robinson Crusoe*, nos encontramos, no por casualidad, con un personaje europeo que se fabrica un feudo para sí mismo en una isla muy distante del viejo continente. En *Retrato de una dama*, de Henry James, o *La Feria de las Vanidades*, de Thackeray, las posesiones coloniales se asocian a espacios amplios y misteriosos, habitados por seres humanos excéntricos e inaceptables (incluidos personajes europeos), con medios rápidos de hacer fortuna o establecer relaciones amorosas. Las colonias eran el destino de los descarriados de Europa, de los empobrecidos o de los emprendedores. Nunca de los seres grises o convencionales.

Sin Imperio, defiende Said, la novela clásica europea no existiría en la forma en que hoy la conocemos. Los relatos que describen tierras lejanas o que analizan la vida urbana de las grandes metrópolis se convierten en un método, para colonizadores y colonizados, de afirmación/imposición de identidades. Son, asimismo, narraciones que sirven a la vez para legitimar posiciones proclives o contrarias al dominio imperialista. A simple vista, pudiera pensarse que la novelística occidental sólo sirve a los fines de las grandes potencias, pero, sin embargo, los grandes relatos de emancipación o de luchas nacionalistas en Europa movilizaron a los pueblos de la periferia para alzarse contra el poder de Occidente.

En el campo de la música, *Aida* de Verdi, por ejemplo, tiene la virtud de confirmar que Oriente es un lugar esencialmente exótico, distante, antiguo y maleable, en el que los europeos pueden desplegar su poder sin problemas. Marca diferencias: la versión europea de lo que es África y cómo se quiere mostrar Occidente a sí mismo.

La ópera se estrenó en la significativa fecha de 1870, para celebrar la apertura de Canal de Suez y la inauguración del Teatro de Ópera de El Cairo, desarrollando en su drama un tema egipcio. La primera representación de esta música inequívocamente europea en un coliseo construido al estilo italiano, se ofreció en una zona aún perteneciente al Imperio Otomano pero que poco a poco estaba ingresando en el ámbito de influencia de Europa. Un ejemplo, en sí mismo, de la acción imperialista a través de la cultura. Pero aún hay más: En la trama de *Aida* se muestran conflictos bélicos entre etíopes y egipcios, tema de considerable resonancia si se lee bajo el prisma de la rivalidad anglo-egipcia

en África oriental entre 1840 y 1860. Es decir, que según este punto de vista, esta ópera pertenecería tanto a la historia de la cultura como a la experiencia histórica de la dominación de ultramar. No sería una obra, por tanto, en la que se tratara de la dominación imperialista, sino que formaría parte de ella, como ocurre también con las novelas de Jane Austen, como antes se ha mencionado.

Todas estas particularidades y muchas más son descritas por Said de forma amena y muy sugerente. El autor realiza su análisis desde una posición apacible, poco convencional y no exenta de cierto distanciamiento irónico. A ello le ayudan sus circunstancias vitales: De origen palestino, aunque protestante de religión (su familia pertenecía a la minoría cristiana del Líbano), se nacionalizó estadounidense y ejerció como profesor en la Universidad de Columbia. En Norteamérica fue un apasionado defensor de la causa palestina, lo que lo llevó a ser finalmente miembro del Consejo Nacional Palestino entre 1977 y 1991. Su vida, desarrollada entre Oriente y Occidente, enriqueció uno de sus ensayos más célebres, *Orientalismo* (1973), del que la monografía aquí comentada es, en parte, deudora. En esta obra sometió a examen las imágenes y representaciones que el mundo occidental ha elaborado del árabe.

Convencido de la función de la cultura como elemento de acercamiento entre pueblos enfrentados, fue creador, junto con el director de orquesta y pianista Daniel Barenboim, de un conjunto instrumental que suma a jóvenes músicos de origen judío y árabe. Este proyecto, que aumenta aún más su significación en las circunstancias actuales, ocupó buena parte de los últimos años de su vida, en un gesto más por llevar a la práctica un compromiso intelectual que queda bien reflejado en *Cultura e Imperialismo*.

Las páginas de este libro contienen una rica y poco acomodaticia información acerca de los discursos retóricos estereotipados de Europa sobre las zonas colonizadas y las respuestas de los pueblos dominados: La resistencia cultural, la afirmación de identidades nacionales o la lucha con medios europeos contra la propia Europa. Es decir, que se atiende por igual al uso de la cultura durante el período de apogeo del Imperialismo como a su empleo en el proceso de descolonización.

El valor de análisis contenido en este libro es grande si, como nos recuerda el propio Said citando a Matthew Arnold, tenemos en cuenta que la cultura es, casi imperceptiblemente, un concepto elevado: Algo que reúne lo mejor que cada sociedad ha conocido, creado y pensado; algo que neutraliza los estragos de los aspectos más negativos de cada tiempo; pero, asimismo, una fuente de conflicto, ya que la cultura es un instrumento conformador de identidades, un elemento que, por tanto, marca diferencias con el "otro" y que puede ser impuesto por la fuerza. En definitiva, por todo lo comentado, estamos, a mi juicio, ante un libro imprescindible para aquellos que quieran profundizar en el estudio de las relaciones entre Occidente y las regiones descolonizadas a partir del término de la Segunda Guerra Mundial, en el análisis de la actual estructuración de poder a nivel planetario, y en el uso de la cultura con fines políticos.

**Skoutelsky, Rémi, *Novedad en el frente. Las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy, 2006, 503 pp.**

Por Alejandro Piñero González  
(Universidad de Cádiz)

Han pasado ya setenta años desde el estallido de la guerra civil española, y todavía hoy es complejo lograr un consenso más o menos definitivo sobre lo acontecido entonces. Es difícil reconciliar versiones tan dispares y contradictorias sobre un mismo hecho histórico de tan importante calado, y que todavía hoy despierta en demasiadas ocasiones recelos en uno u otro sentido. Precisamente por eso este aniversario es una buena excusa para tomarle el pulso a uno de los grandes focos de debate historiográfico. Y como no podía ser menos una riada de novedades bibliográficas adornan los escaparates de las librerías engrosando el incipiente monto bibliográfico del que goza tan importante suceso de nuestra historia reciente. El interés de esta obra se acrecienta en tanto que se dedica de pleno a uno de los grandes vacíos historiográficos sobre la guerra civil: el estudio de las brigadas internacionales. Rémi Skoutelsky retoma una labor estancada, que pasando por alto algunas aportaciones de César Vidal, su referente serio inmediatamente anterior está en una publicación de los setenta de Andreu Castells. La obra de Skoutelsky nadará entre las turbulentas aguas del debate historiográfico sobre el origen y la coordinación de los brigadistas. Deberá mediar entre el presunto dirigismo soviético, y el mito romántico de

solidaridad internacional. Además y por si fuera poco esta obra pretende poner punto y final a las vanas divagaciones y especulaciones partidistas, que lejos de hacer historia empañan la escasa claridad que estos estudios intentan impregnar al tema. El prestigio y la profesionalidad de Skoutelsky confluyen en un proyecto de enormes ambiciones, que ve la luz tras quince años de estudios. Auspiciado por el francés Antoine Prost, esta obra plantea una metodología investigativa responsable más que innovadora, tremendamente analítica respaldada por un enorme volumen de referencias bibliográficas. De forma que un autor que a priori se nos plantea manifiestamente simpatizante de la causa republicana se desenvuelve a través de los planteamientos de forma crítica y constructiva, elaborando un nuevo y completo estudio del fenómeno brigadista al margen de apreciaciones partidistas. Las referencias bibliográficas respaldan cada paso en el devenir de la obra salvo en contadas ocasiones. Resulta significativa, por tanto, la excepción metodológica en las alusiones al brigadista Harry Fisher cuyas notas no están respaldadas bibliográficamente y carecen del rigor científico que acompaña al resto de la obra, pero se trata de una mera excepción.

Uno de los principales retos de este estudio radica precisamente en desmentir los diferentes mitos que existen en torno a la figura de las brigadas internacionales. El primer gran apunte que debemos interpretar con la lectura de la obra radica precisamente en dimensionar en su justa medida el impacto de las brigadas en la guerra y su repercusión en el bando republicano. Para ello elabora un exhaustivo seguimiento de las brigadas desde su formación y su andadura militar, batalla a batalla, desde la defensa de Madrid hasta más allá del emotivo desfile de despedida en Barcelona. Llevando a cabo una minuciosa y detallada metodología de reconstrucción que dota al estudio tintes en ocasiones trágicos. Skoutelsky no deja pie a la duda, y cierra una a una la trayectoria de todas y cada una de las brigadas internacionales y mixtas, desdibujando una visión de conjunto bastante estremecedora. La investigación además sirve para reforzar viejas estimaciones del bando republicano, Remi corrobora el desorden de las tropas leales, trazando un perfil dentro de las brigadas internacionales que no deja lugar a la disciplina, confirma la falta de material testimoniando el famoso mito de que a penas si había un fusil para cada dos. Se

comprueba que las tropas extranjeras fueron pronto concebidas por el estado mayor como sacrificables y auténticas puntas de lanza, lo que hace de la guerra civil no una epopeya romántica sino un triste suceso donde los voluntarios internacionales (otrora abogados, médicos, cocineros o estudiantes) se vieron sumidos en horribles combates, en demasiadas ocasiones a los pocos días de llegar a España. Pocos de ellos esperaban un enfrentamiento tan violento, y, sin embargo, bien mirado nunca tiraron la toalla. Nos aporta una imagen de una heroica fuerza de choque, utilizada una y otra vez, en ocasiones con desesperante incompetencia técnica, a lo largo de la guerra.

Remi cierra (si es que aun no estaba cerrado) el debate historiográfico en torno al volumen de brigadas y el número de voluntarios, estimando en el mejor de los casos poco más de treinta y dos mil voluntarios internacionales hasta finales del 38, además es capaz de describir los ritmos de alistamiento y se atreve a establecer un auténtico punto de inflexión en la llegada de voluntarios. Fija la fecha en el verano del 37 como consecuencia de la intensificación de la política de no intervención por parte de las democracias en tanto que aumentan el control del reclutamiento clandestino dentro de sus fronteras. Sus estimaciones numéricas responden a una tendencia relativamente previsible que es corroborada por sus estudios en los archivos franceses y rusos. Sin embargo en otro orden de cosas esta monumental obra se dedica de pleno también a zanjar otro de los grandes mitos difundidos en torno al voluntariado internacional: su origen y organización. Skoutelsky reconstruye el itinerario de los brigadistas desde su enrolamiento a su intervención en los movimientos de resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Testimonia la presencia comunista en las brigadas pero no respalda las tesis que hablan de un auténtico ejército enmascarado soviético. El estudio potencia la cara humana de los brigadistas, algunos capítulos centrales están dedicados precisamente a analizar el por qué del enrolamiento del voluntariado, detallando la bandera solidaria que empuja gentes de tan diferente profesión, nacionalidad o condición. Será un voluminoso genio de base fundamentalmente obrera y, aunque, auspiciados por la internacional comunista (bajo la atenta mirada de París) lo cierto es que estaban muy lejos de ser las tropas de choque del comunismo internacional, organizadas en un ejército disciplinado y

teledirigido desde Moscú. Será un ejército controlado por la Comintern, pero no el ejército de la Comintern. En torno a este tema el profesor Skoutelsky indaga bastante sobre los vaivenes de la Unión Soviética y su intervención en apoyo de la república. El autor se aventura a afirmar que a los dirigentes soviéticos les daba igual lo que pasara en España. Lo que les importaba era acercarse a las burguesías francesa e inglesa para protegerse de la Alemania nazi. Lo que les interesaba sobre todo era mantener el apoyo aliado en una eventual guerra con Alemania. Basa estas afirmaciones en los titubeos de la Urss antes de decidirse por ayudar a la república, y sobre todo en que espera a confirmar el apoyo italiano y alemán para confirmar su implicación. Esta es una de sus afirmaciones más polémicas que se van confirmando conforme avanza la obra y que con más contundencia se trata.

Hablamos, por tanto, de una obra que va a dimensionar el fenómeno brigadista en su justo término, y ahí es donde radica posiblemente una de sus grandes virtudes. Ya comentaba líneas más arriba que uno de los grandes retos de la obra yace precisamente en su afán riguroso y exhaustivo. El repertorio bibliográfico que acompaña a cada afirmación de la obra conforma un aval de sorprendente solidez que permite a Skoutelsky indagar largo y tendido sobre aspectos antes pasados por alto. Resulta de especial interés el análisis del autor sobre los archivos del Komintern en Moscú, piedra angular de su afirmación sobre la organización de las brigadas. Aunque de igual importancia va a ser la docena de archivos franceses a los que acude, la treintena de testimonios de contemporáneos consultados para la obra, así como multitud de publicaciones contemporáneas de prensa, filmografía, propaganda etc. que hacen del contenido del libro un amasijo de citas y alusiones que, aun dificultando su lectura y análisis rápido convierten sus líneas en rigurosas interpretaciones históricas.

Estas entre otras virtudes convierten a este estudio así como al propio Skoutelsky en un referente obligado en el futuro a la hora de abordar el tema. La sagacidad, valentía y rigor con que se abordan prácticamente la mayoría de los temas encerrados en este estudio hacen del mismo una muy recomendable obra a mi juicio para valorar y comprender mejor el fenómeno del voluntariado internacional en las brigadas internacionales.

**“Pratiques de l’histoire immédiate”. *Cahier d’histoire immédiate*, 29 (2006), 501 pp. Número especial: Colección de artículos aparecidos en los *Cahiers d’histoire immédiate* entre 1991 y 2005, presentada por Jean-François Soulet.**

Por Iván López Cabello  
(Université de Paris X-Nanterre, France)

El *Groupe de recherche en “histoire immédiate”* (GRHI), creado en 1989 en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, presentó la pasada primavera el número 29 de la revista *Cahier d’histoire immédiate*. La aparición de este número especial cierra, junto a la celebración del coloquio “L’histoire immédiate : bilan et perspectives” (Toulouse, 5 y 6 de abril de 2006), una etapa que ha permitido la consolidación de este fecundo grupo de investigadores creado y dirigido por Jean-François Soulet. A petición de Guy Pervillé, nuevo director de la revista, Soulet ha seleccionado 29 de los 250 artículos aparecidos bajo su dirección (1991-2005). Esta pequeña muestra de la colección completa, realza la densidad, la variedad de temas y la diversidad geopolítica que caracteriza la publicación. El título escogido para este número, “Pratiques de l’histoire immédiate”, hace referencia, sin embargo, al principal objetivo, de orden metodológico, que ha seguido la revista durante estos quince años. Este objetivo se explica, según se indica en la presentación, por el contexto de los primeros años noventa en que surgió la revista. La historia inmediata era criticada en aquellos momentos por la mayor parte de la corporación de historiadores franceses, acusándola de falta de perspectiva temporal y de documentos de archivo. Ante este contexto desfavorable, los historiadores de lo “muy contemporáneo” tuvieron que reflexionar sobre sus métodos y perfeccionarlos para encontrar su sitio entre otras disciplinas. Las prácticas metodológicas han resultado ser, de este modo, uno de los leitmotiv de la revista y así se refleja en la selección de artículos recogidos en este número.

La serie de acontecimientos imprevistos ocurridos en el mundo desde la creación del GRHI, entre los que cabe destacar la caída del bloque soviético y la consecuente transformación de las relaciones internacionales, ha provocado múltiples mutaciones que cuestionan nuestros modos de vida y pensamiento. Como respuesta, han aparecido

todo tipo de explicaciones y de interpretaciones, resurgiendo conceptos como “aceleración de la historia”, “caos”, “fin de las revoluciones”, “choque de civilizaciones”, “fin de la historia”... Ante esta situación de inquietud, ha sido requerida la capacidad de los “especialistas” -los historiadores en particular- para descifrar una coyuntura cada vez más confusa e incierta. El historiador de lo inmediato ha aumentado así su credibilidad y ha confirmado su legitimidad. Muestra de ello son la proliferación de publicaciones e investigaciones y las frecuentes consultas de los medios de comunicación a los historiadores. Al mismo tiempo que la historia del tiempo presente ha adquirido mayor reconocimiento social, ha sufrido una doble presión oficial y civil. En el caso francés, distintos gobiernos, con la intención de reprimir actos xenófobos y de reconstituir una identidad quebrada, han promulgado en los años noventa leyes que limitan la investigación de los historiadores. Grupos influyentes han ejercido, por otra parte, fuertes presiones para que los historiadores defiendan acciones relacionadas con la memoria. Por este motivo, los historiadores han tenido que establecer fronteras claras entre memoria e historia y marcar diferencias entre el historiador, el testigo y el juez. Las múltiples demandas sociales han sido, por tanto, otro de los motivos que ha obligado a los historiadores -del tiempo presente en especial- a afinar sus técnicas y sus métodos.

La situación, pues, ha cambiado desde la creación del GRHI y, con ella, la actitud de los historiadores hacia la historia del tiempo presente, que Soulet define como “Finistère du continent historien”. Sus referencias al controvertido término de “historia inmediata”, pueden encontrarse en la publicación que realizó junto a Sylvaine Guinle-Lorinet, *Précis d'histoire immédiate : le monde depuis la fin des années 60* (París, A. Colin, 1989) y en su aportación a la colección “Que sais-je?”, *L'histoire immédiate* (París, Presse universitaire de France, 1994, nº 2841). Sin pretender monopolizar dicho concepto, popularizado en los años sesenta por una colección de libros dirigida por Jean Lacouture, el GRHI utiliza dicho término -aunque no de forma exclusiva- en un sentido amplio, como sinónimo de próximo y como antónimo de distante y alejado (puede consultarse, al respecto, la página web del grupo: <http://w3.univ-tlse2.fr/grhi/>). En este sentido, no considera que la expresión “tiempo presente”, utilizada por el *Institut d'histoire du*

*temps présent* (IHTP, CNRS), sea más apropiada para referirse a acontecimientos como, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial. Esto no impide que el grupo aborde con flexibilidad esta cuestión terminológica, utilizando la expresión “tiempo presente” junto a otras como “muy contemporáneo” o “reciente”. El término “historia inmediata”, permite también al GRHI desmarcarse de los investigadores que limitan el período “tiempo presente” a la fecha tope de la accesibilidad de los archivos públicos (normalmente 30 años), pues no comparte el punto de vista que considera aventurada y arriesgada toda investigación posterior a dicho límite. Por “historia inmediata” entiende el conjunto de la parte terminal de la historia contemporánea, englobando tanto la parte correspondiente a la denominada “historia del tiempo presente”, como la de los últimos treinta años. La característica principal de la historia inmediata consistiría en haber sido vivida por el historiador o por sus principales testigos, lo que exige fuentes y métodos específicos, pero no necesariamente modelos historiográficos nuevos.

Tanto el citado coloquio celebrado en Toulouse, como este último número de *Cahier d'histoire immédiate*, muestran el interés que mantiene el GRHI por los debates actuales sobre historiografía y epistemología de la historia, a partir de los cuales promueve la reflexión sobre el concepto, los métodos y las fuentes específicas (audiovisuales, hemerográficas y orales) de la historia inmediata. La selección de artículos realizada por Soulet, aborda todas estas cuestiones y el resto de temas que hemos ido mencionando. El número se divide en cuatro apartados. El primero de ellos recoge tres contribuciones que recuerdan el interés que ha existido siempre en la historiografía por lo contemporáneo, desde Tucídides hasta los fundadores de *Annales*. El análisis del mundo actual no es, por tanto, nuevo para los historiadores, aunque sí requiere fuentes y métodos específicos. El segundo apartado se compone de trece artículos dedicados a las principales fuentes documentales utilizadas por los investigadores que trabajan la historia inmediata. Se divide a su vez en archivos, memorias, revistas, manuales escolares, fotografías de prensa, películas de ficción, documentales y televisión. El tercer apartado se centra en conceptos y debates metodológicos sobre la historia inmediata y agrupa siete artículos que proponen, inspirándose en otras ciencias sociales, diferentes tipos de análisis

para abordar el estudio de las imágenes y de las representaciones, el análisis sistemático de las sociedades, el fenómeno de la memoria... Manifestando la voluntad del GRHI de situarse en el plano internacional, la compilación se cierra con seis artículos centrados en África (francófona), América central, Argentina, Venezuela, Estados Unidos y Europa occidental, que sirven de balance sobre el estado de las investigaciones sobre la historia del tiempo presente en el mundo. Como indica Soulet, dicho balance confirma que no hay ningún país donde no se practique esta especialidad de la historia contemporánea que responde a necesidades y aspiraciones concretas de nuestras sociedades y que ha probado ya su validez.

**Wacquant, Loïc (Dir.) *Repensar los Estados Unidos. Para una sociología del hiperpoder.* Barcelona, Anthropos Editorial, 2005, 239 pp.**

Por Marcela Iglesias Onofrio  
(Universidad de Cádiz)

La obra dirigida por el sociólogo y antropólogo Loïc Wacquant tiene por objetivo realizar una radiografía de las principales instituciones de la sociedad norteamericana, una sociedad considerada a sí misma como singular y excepcional, nación faro de la humanidad que ha de seguir los designios de su “destino manifiesto”. A través de los distintos capítulos se pretende ofrecer indicios para comprender la aplicación práctica del neoliberalismo como proyecto ideológico dirigido a someter todas las actividades humanas bajo la tutela del mercado, extrapolando las particularidades de este país al resto del mundo.

Es a partir del derrumbe de la Unión Soviética que la ilusión de excepcionalidad norteamericana se profundiza al convertirse en la primera sociedad de la historia dotada de medios tangibles e intangibles para imponer su *American Way of Life* a escala universal. Ante tal realidad, Wacquant detecta que emergen obstáculos para la objetivación científica de la sociedad que no permiten visualizar el verdadero funcionamiento de las instituciones estadounidenses. Por ello, y según sus propias palabras, a fin de acabar con el “encantamiento del mito fundador” que convierte a Estados Unidos (EEUU) en la figura emblemática de la prosperidad en coalición con la libertad y para romper con la “lógica del proceso” que razona en clave de a favor o en contra con el objetivo de inculpar o encontrar inocente, se planteó

reunir los trabajos de investigadores estadounidenses provenientes de las más variadas disciplinas.

El primero de los capítulos “Dos Imperios de lo Universal” corresponde a Pierre Bourdieu quien señala que una de las características más excepcionales de EEUU y Francia es la pretensión de cierta universalidad, es especial en el ámbito político. Por ejemplo, Francia presenta la Revolución Francesa como la revolución universal y modélica por excelencia, lo cual funciona como mito fundador y legitimador del derecho a la universalización de su cultura nacional. Por su lado, EEUU erige su propio imperialismo de lo universal que se ancla en el mito de la democracia en América de Toqueville, en su Constitución, su Congreso y la unidad en el pluralismo. Justamente, todas las intervenciones estadounidenses desde 1917 se han justificado con la reivindicación de lo universal, con la defensa de los valores y de la moral. Finalmente, Bourdieu repara en un enfrentamiento actual entre dos imperialismos, uno en ascensión y otro en declive, y advierte que ante las estrategias orientadas a la unificación del campo cultural, hay que saber distinguir aquellas que planean una unificación dentro del pluralismo de las que proponen una unificación por anexión o imposición de un modelo nacional dominante.

Rick Fantasia afirma que lo verdaderamente excepcional de EEUU no se halla tanto en sus mecanismos institucionales ni en sus dispositivos culturales sino más bien en la facilidad con que las prácticas e ideas neoliberales se han podido propagar sin apenas resistencia. En efecto, el neoliberalismo ha podido disponer de un auténtico laboratorio social en la sociedad norteamericana que no ha escapado a una dictadura sobre el proletariado a través de la represión sindical y la explotación obrera. Por ello, en su artículo se pregunta hasta qué punto la economía norteamericana es un éxito y qué precio se debería pagar por imitarla.

El tercer capítulo, elaborado por Teresa Sullivan, Elizabeth Warren y Jay Lawrence Westbrook, trata sobre la inseguridad financiera de la clase media estadounidense. La quiebra se va constituyendo a partir de la década de los ‘90 como el fenómeno que caracteriza la clase media acompañado de la inestabilidad del mercado laboral y las deudas contraídas por esta franja social que le son difíciles de enfrentar. La estabilidad y prosperidad que han caracterizado

durante muchos años a la clase media se han vuelto más precarias que nunca.

“El sufrimiento del privilegiado: internados de élite y transmisión de poder” es el título del artículo de Carole Persell y Peter Cookson. En éste exponen que los institutos privados ejercen un estricto control sobre el comportamiento estudiantil ya que los alumnos evolucionan en un entorno extremadamente competitivo en el que los padres esperan el éxito por encima del autodesarrollo. Dinero, éxito y poder se imponen como los objetivos primordiales más allá del desarrollo personal a largo plazo, primando, de esta forma, la búsqueda de la excelencia atlética, cultural y académica que les abra la puerta hacia una prestigiosa universidad.

Por su parte, Neil Fligstein analiza el mito del mercado y la economía norteamericana. Habitualmente esta última se presenta como un modelo de “empresa libre” donde la competencia es dinámica, las empresas eficaces y los gobiernos de los Estados y de la Unión se mantienen al margen sin favorecer a ninguna empresa, tecnología o industria en particular y que cuando intervienen lo hacen sólo para garantizar la plena y total libertad de competencia. Sin embargo, el Estado ha permanecido en todo momento implicado en el funcionamiento de la economía nacional. De hecho, la pregonada desregularización en aras de aumentar el crecimiento económico de EEUU nunca significó el fin de la intervención del Estado en la regulación de los mercados, de los contratos, de los impuestos, del trabajo y del capital. Por tanto, lo cierto es que en EEUU como en Europa, el Estado y las empresas mantienen una íntima relación.

Dan Clawson aborda el tema del tráfico de influencias entre el dinero y la política. Sostiene que si bien en la práctica todas las democracias capitalistas han establecido leyes para limitar la influencia política de la riqueza, en realidad, los más ricos siempre logran utilizar su dinero para ejercer una mayor influencia en la esfera política. Esto sucede porque en una sociedad donde se dan enormes disparidades de riquezas y de salarios, las personas y las organizaciones que disponen de un mayor capital gozarán de una mayor influencia sobre las campañas electorales así como sobre las formas que adopten las políticas públicas.

Otro de los capítulos de esta obra contempla las consecuencias del devenir de la medicina en

industria. Paul Farmer y Barbara Rylko-Bauer analizan qué sucede cuando la medicina pasa a considerarse una mercancía y es sometida a la lógica empresarial. La industria farmacéutica se ha convertido en una de las industrias más rentables que recibe cuantiosas subvenciones públicas y termina por obtener enormes beneficios privados al tener como objetivo la venta de un producto y dejar en un segundo plano el dispensar cuidados a los enfermos, que pasan a ser clientes en vez de pacientes. Así, la sociedad norteamericana, si bien cuenta con un sistema de salud con la tecnología médica más avanzada de todos los países desarrollados, es la única que no proporciona una cobertura sanitaria aceptable a sus ciudadanos.

Loïc Wacquant presenta la temática de la desigualdad racial y el encarcelamiento ante la continua profundización de la brecha entre los índices de encarcelamiento de negros y blancos, siendo que desde 1989, los afroamericanos constituyen la mayoría de aquellos que ingresan en prisión todos los años. El autor visualiza cómo el gueto se fue asemejando a la cárcel, haciéndose uso de la cárcel como instrumento de purga social y cultural. La interrelación entre el hipergueto y el sistema carcelario sugiere que dado que EEUU ha adoptado el encarcelamiento masivo como política social dirigida a controlar a los miembros de las categorías sociales sin rango social, los afroamericanos de las clases inferiores viven ahora no en una “sociedad con cárceles” como sus compatriotas blancos, sino en la primera “auténtica sociedad carcelaria” de la historia.

La hipótesis del artículo “Más allá de la identidad” de Rogers Brubaker y Frederick Cooper sostiene que las ciencias sociales y humanas se han rendido a la palabra “identidad”, lo cual tiene un coste intelectual y político que sin embargo es posible de rectificar. Como señalan los autores, ciertamente este término puede significar demasiado, demasiado poco o nada debido a su total ambigüedad intrínseca. En este artículo se identifican las concepciones fuertes y débiles del término y se hace un esfuerzo por procurar encontrar términos alternativos que puedan reemplazarlo y que sean menos sobrecargados de connotaciones y ambigüedades, todo ello a fin de contribuir con una mayor claridad conceptual en el análisis social y político.

El último de los capítulos que compone esta obra es abordado por Nicolas Guilhot y

cuestiona a los nuevos profesionales de la democracia del actual internacionalismo americano. Otra de las grandes industrias florecientes de EEUU corresponde a la gestión de los programas internacionales de promoción de los Derechos Humanos (DDHH) y de ayuda a la democratización. Los politólogos especialistas en problemas de transición democrática y expertos políticos que forman parte de esta comunidad son paradójicamente muchos de ellos individuos que han sido grandes militantes anti-imperialistas en los años '70 y representantes del *foreign policy establishment* de la Guerra Fría, extremadamente críticos con el paradigma de democratización aplicado, por ejemplo, en América Latina. La transformación de los militantes intelectuales en expertos de Washington afiliados al *National Endowment for Democracy* (NED), dispositivo creado en 1983 por la administración Reagan para gestionar programas internacionales de apoyo a los procesos de democratización, ha dado lugar a que éste se convierta en el *think tank* por excelencia del actual peritaje hegemónico del Estado norteamericano.

El director de la presente obra advierte en el epílogo que excepto el primer y el último de los capítulos, el resto fueron escritos y recopilados en la primavera de 2001 antes de los atentados terroristas del 11S. Tras este suceso, muchos teóricos han considerado que habría un antes y

un después en la trayectoria de la sociedad norteamericana y mundial y que por tanto, los estudios sobre EEUU realizados con anterioridad al 11S debían de ser rigurosamente revisados. Empero, la hipótesis sobre la que giran los artículos de este libro plantea que el 11S ha sido un acontecimiento catalizador que ha revelado las estructuras subyacentes y ha acelerado las graves tendencias en vigor desde hace mucho tiempo: el abandono por parte de EEUU de la diplomacia, la ayuda económica y la negociación política y su sustitución por el uso desmedido de la fuerza del capital y del mercado. Por otra parte, los años posteriores al 11S han venido a confirmar el inmovilismo de las instituciones claves del país: una economía descontrolada a gran escala, una estructura de clases polarizada, una tajante división racial, enormes desigualdades en el acceso a la educación y la sanidad, una desconexión total entre el sistema electoral y las aspiraciones populares y un Estado penal muy desarrollado.

Todos estos factores que determinan la "excepcionalidad" de la sociedad norteamericana y que EEUU pretende exportar e imponer al resto del mundo por medio del unilateralismo imperiaslista del hiperpoder, son analizados con detenimiento por los autores de los capítulos que configuran este libro, brindando un análisis integral de una realidad que muchas veces es por demás mitificada.